

Wilson Izquierdo González



AL PIE DEL CAJAMARCORCO

Al Pie del Cajamarcorco

Wilson Izquierdo González

© “*Al Pie del Cajamarcorco*”

© Autor: Wilson Izquierdo González
Cajamarca, 2013
Email: wilizquierdogon@gmail.com

© Carátula: “*Cajamarca, Pasaje Belén, Hospital de Varones*”
Fotografía del autor.



© Lluvia Editores, 2013
Av. Inca Garcilaso de la Vega 1976, Of. 501
Email: lluviaeditores@gmail.com
Qilqasqa Peru Ilaqtapi
Hecho e impreso en el Perú
Imprimè au Pèrou
Printed in Peru

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2013-.....

DEDICATORIA:

*A
Cajamarca
Y
A
Todo
El
Pueblo
Cajamarquino*

SUMARIO

- Blanquita...préstame tu compás	Pág. 13
- El Gallo Coquero	Pág. 27
- Los Aretes de Mími	Pág. 41
- Los Zancudos de Tembladera	Pág. 51
- Los de Ciencias y los de Letras	Pág. 67
- Las Campanadas del Hermano Simón	Pág. 75
- Con Garantía para Piadoso	Pág. 85
- El Cura sin Cabeza	Pág. 93
- Gonshita... devuélveme mi reloj	Pág. 109

BLANQUITA ...

¡PRÉSTAME TU COMPÁS!

Algunos años después de aquellas épocas de carnavales, en las que las patrullas de San Sebastián, San Pedro y San José, que eran las únicas que existían hasta ese entonces, cada vez que se encontraban en alguna calle no marcada con pichi chichera como territorio de alguna de dichas patrullas, comenzaban a liarse a binzazos por quitame esta paja, la primera cuadra del jironcito “El Inca” resultaba de características excepcionales para organizar bailes y toda clase de fandangos para recabar los fondos necesarios para la celebración —como Dios manda— de la fiesta de Ño Carnavalón.

Para tales menesteres, sólo era cuestión de poner un par de buenos chungos en su intersección con los jirones Amazonas y Cinco Esquinas, y otro par igual en su intersección con la calle Leticia —hoy Sabogal—

y... la pista de baile quedaba extendida desde la zapatería de don Julio Loredó hasta la casa de los “Ugues”, lista para tirar tunchucutum quien sabe hasta qué horas de la madrugada.

Para los carnavales, ninguno de los que vivían en la primera cuadra del dichoso jirón, podía abstraerse de las obligaciones que el “Comité de Calle” le imponía a cada quien, en las asambleas nocturnas que se celebraban —a las quitadas— en la vieja casona del Pelayo, en el zaguán de don Uvita, en la sala de doña Guillermina Pizarro o en el patio de doña Delia.

Después de la primera asamblea, en la que obligatoriamente se tenía que saborear el “calientito” que invitaba el dueño de casa, o la chicha a medio fermentar que algún voluntario traía de la suya en una gran jarra de vidrio, todas las “comisiones especiales” quedaban conformadas junto con la lista de tareas específicas, los responsables de cada una de ellas y los cronogramas correspondientes.

A algunos les tocaba conseguir la música, que no podía ser otra que la del “Maestro Rumpi”, a otros la cerveza a consignación, a otros más la chicha colorada de jora, el caldo de gallina o de cabeza de carnero para la madrugada o cualquier otra comida de vísperas carnavaleras.

El caso era que esas bulliciosas festividades nocturnas y madrugadoras, no se realizaban a lo largo de todo el jirón “El Inca” —como habría de

suponerse— que comprendía desde la intersección de las calles “Amazonas” y “Cinco Esquinas” hasta donde ahora es el “Puente Amarillo”, sino que era exclusivo sólo de su primera cuadra, o sea de la diagonal existente entre las Cinco Esquinas y lo que antes era la calle Leticia (hoy Sabogal).

En eso de la organización de actividades pro fondos de carnaval, si alguna otra parte del jirón hubiera querido hacerle la cochina competencia, esa habría sido aquella que corresponde a la Cruz del Molle, ya que más abajito de allí no más, daba inicio la antigua y polvorienta carretera a Baños del Inca, donde en otros tiempos, perdidos ya en la memoria sólo de los más antiguos gentiles, las dos góndolas tricolores — crema, verde y rojo— del padre del pintor René Marín, levantaban verdaderas nubes de polvo con sus itinerarios de cada una hora.

Lo cierto es que allí en esa diagonalcita, vivía un montón de gente que hacía de cada mañana y cada tarde de rutinas cotidianas, una época inolvidable y maravillosa de la vida. Ese gozo de la existencia valía tanto para los que —desde muy temprano y todos los días de enero y febrero— se ponían a jugar carnavales mojando a la gente que pasaba con sus jeringas de hojalata, para los que habían logrado conseguirse un lomito nuevo y lo tenían de estreno y, sobre todo, para los que todavía no habían adquirido esas mañas y hasta esa fecha todavía no habían chapado la suya, no porque así lo quisieran, sino porque algún otro desgraciado les había ganado de mano.

Pero en la época que no era de mojaditas de carnaval, que duraba la mayor parte de los meses del año, mientras las mujeres del jirón El Inca jugaban rayuelo con una sarta de rodela de cáscara de naranja, los varones se entretenían haciendo puntería en las canillas de las chicas que no vivían en el barrio pero que se atrevían a deambular por allí, con municiones de pepas de molle disparadas con saliva y todo, a través de largos tubos de totora.

Integrando esa jauría de ratones feroces estaban los Álvarez: Federico, Carlos y Juliasho (Saúl y Teófilo ya no, porque estaban en otras andanzas) que, sin lugar a dudas, eran los verdaderos inventores de cuándo tenían que surgir los juegos de trompo, de las aperis, de socotroco, de cometas, de mata gente, de fulbito, de chinitos y otros cuyas denominaciones resultan difíciles de recordar.

Al frente de la casa de los Álvarez, diferentes pero al fin y al cabo sólo la otra cara de una misma moneda, vivían los Cabanillas: Mañuco, William y Calín. Pero Juliasho, el último de los Álvarez, como Calín, el último de los Cabanillas, como todavía olían a leche, tenían la nariz llena de molletes y más paraban soñando en su teta, se integraban al grupo de sus hermanos mayores sólo cuando éstos les consentían o cuando los necesitaban para hacerlos trompearse como gallitos de pelea.

Total, que estén o no estén en la mancha les daba lo mismo, porque participaban en ella sólo como observadores —sin voz ni voto—, como aprendices de peleadores callejeros a lo Charles Bronson, o como

simple entretenimiento cuando no había que hacer nada. En cambio los más pishpiros: William, Federico y Carlos, eran los que tenían la iniciativa y llevaban la batuta en cualquiera de las chanchadas que hacían los de aquella patotita.

En tales comadrerías, Mañuco participaba poco, bien porque era un chico muy de su casa o porque sus hermanas mayores le obligaban -sólo Dios sabe con qué clase engaños o artimañas inimaginables- a ayudarles a separar los soldados del arroz, a sacar de la papa seca y de las lentejas las piedras que —para su mala suerte y según decían ellas— siempre le tocaba morder a su abuelito Pascual con las pocas muelas que le quedaban, o simplemente a ayudarles a pelar papas o cualquier otro quehacer doméstico que su madre les había endilgado a ellas.

Obviamente, cuando había guerra interna, que concluía siempre con tratados especiales de paz o treguas inauditas, las escaramuzas ocurrían en la misma calle entre muchachos y muchachas. Estas últimas, se las ingeniaban siempre para no quedarse muy rezagadas con respecto a la taimada originalidad e imaginación de los varones, que daban la impresión de ser los más avispados en estos menesteres.

En el bando de las mujeres estaban las Aliaga Zamora: Ethel, Nora, Alicia y su prima Eugenia, la misma que, por haber venido recientemente de Lima y por ser tan blanca y tan opuesta a sus primas trigueñas de Cajamarca, los varones no se cansaban de ponerle chapas como “leche escupida con chocolate”, “foco de juguería”, “canillas de flúorescen-

te”, “humita con queso aderezada con concho de manteca de choncho”, “piernas de acuña” y otras del mismo corte o similares, que tenían que ver con su piel blanca, su infinidad de pecas y sus tremendas piernazas.

Una puerta antes de las Aliaga Zamora, pero en la misma vereda, vivían las otras Cabanillas: Rosa, Dora y Celina. Las dos primeras se integraba a los juegos y las andanzas que se producían en la singular diagonal del jirón El Inca, en cambio Celina, al igual que Calín, Juliasho y Alicia, eran los shulcas de la mancha de los más grandes y, por lo general, no participaban mucho de las travesuras y pillerías que ellos hacían.

Al frente de las Aliaga Zamora, es decir, en la misma vereda de los Álvarez, vivía otra Álvarez: Blanquita, sólo que ésta era completamente diferente de aquéllos, por lo estudiosa, modosa y de “haceres de su casa”. Muy pocas veces se la vio participar en las trifulcas que a diario se daban en el campo de batalla y, si en el jirón El Inca podría haber tenido una alma gemela o su otra mitad, ese era Mañuco.

A Mañuco, aún cuando no hubiera tomado conciencia de ello todavía, Blanquita no le era totalmente indiferente. De cabello negrísimo y haciendo honor a su nombre, como es frecuente en los nacidos en Río Seco —un centro poblado de la provincia de San Marcos— Blanquita tenía los ojos azules cuyos matices cambiaban conforme variaba la tonalidad del cielo cajamarquino en la época de estiaje. Es de suponerse, porque dicen que a las blanquiñosas les gustan los trigueños o los morochos, que Mañuco a Blanquita, tampoco le habría sido indiferente, pero

eso no se llegó a saber sino hasta muchos años después, cuando ambos ya no sabían qué hacer con lo que en esos tiempos les produjera tanto escozor.

Después de algunos años, Mañuco continuó estudiando la secundaria en “San Ramón”, como lo hacían en aquellos tiempos todos los varones de Cajamarca que se honraran de serlo y, Blanquita, al igual que lo hacían todas las chicas “fo” y las que no lo eran ni creían que lo eran en esa época, estudió la secundaria en “Santa Teresita”.

Al egresar de esos colegios, Blanquita desapareció del jironcito El Inca casi en forma definitiva y por todo el tiempo que duraron sus estudios de medicina, porque los hizo en Lima en la Universidad Mayor de San Marcos. Mañuco en cambio, se quedó a estudiar educación en la Universidad Nacional Técnica de Cajamarca, que de “técnica” sólo tenía el nombre y que, en definitiva, la “T” de técnica sólo funcionó en la “UTC”, equipo de fútbol de los cajamarquinos que llegó hasta la Copa Libertadores.

Lo que se narra en este anecdotario ocurrió en la época del carnaval y, como es natural, no tendría nada de extraordinario si la historia quedara sólo en eso. Pero, obviamente no es así. Más allá de la maravillosa rutina de la vida del jironcitos El Inca, en cada uno de sus recovecos —incluyendo las gradas para subir a la casa de don Roberto Marín o de don Eulogio Velarde, por donde decían que se aparecía el cura sin cabeza— se encuentran escondidas mil historias: de amor o de gaferas, que en aquellos tiempos significaba lo mismo o de muchachadas,

mataperradas y gansadas que, por estar aderezadas con los condimentos más inusuales e insospechados, resultan de una inverosimilitud sencillamente jocosa.

Uno de esas tantas tardes de carnavales en las que Mañuco logró deshacerse de la tarea de escoger los soldados del arroz o las piedras de la papa seca, se integró a la manchita de los Álvarez que, justo en ese momento, estaban elucubrando alguna de sus tantas travesuras como quien no quiebra un huevo, sentados como angelitos en el sardinel de la vereda linchita de cemento, que la Municipalidad había construido como seña de progreso, para mejorar el vetusto aspecto de la calle, que era de piedras de canto rodado.

La calle siguió siendo de piedras con su acequia al medio, por algún tiempo más, pero la vereda que también había sido de piedras, se convirtió en una extensa pizarra para operar con expresiones algebraicas, especialmente esas de supresión de signos de colección o de factorización, para graficar ángulos y funciones trigonométricas o para hacer cuadros sinópticos por las madrugadas, en las que sanramoninos y teresianas se juntaban para darse un beso fugaz, con el pretexto de los exámenes bimestrales.

A esas alturas del tiempo, habría que presumir que, tanto Federico y Carlos Álvarez como William, Mañuco, Blanquita, las mayorcitas Aliaga Zamora del 151 y las Cabanillas del 149, ya estarían por culminar sus estudios de primaria, por lo tanto sus hormonas también estarían ya en trance de lograr cambios sustantivos en su sexualidad, porque los varones, a

las piernas de las chicas ya no las miraban como blancos de sus municiones de molle o de los enrollados de papel de sus certeras ligas, sino como lo que suele hacerse cuando la comezón comienza allí por donde no es bueno rascarse en público.

Sin saberse con qué clase de argumentos ni qué tipo de artilugios, allí sentados en el sardinel de la vereda, los Álvarez lograron que Mañuco les confesara que estaba perdidamente enamorado de Blanquita. La confesión de amor hubiera sido algo natural, por decir lo menos, pero todo lo demás que lograron que les contara resulta algo inusual, conociéndose en todo el jirón El Inca, por propia boca de su madre Doña Rosita, que Mañuco era por demás parco y adusto para contar sus intimidades.

Sin embargo, lo cierto es que también les contó que no sabía como declararle su amor. Que, por las noches, en lugar de dormir plácidamente como suelen hacerlo todos los muchachos a esa edad, se ponía a ensayar qué palabras iba a utilizar para decirle lo mucho que la quería, con qué regalito le podía cautivar sin herirla en sus sentimientos, con qué dulzura le iba a declarar su amor, en fin, con qué estrategia le iba a conquistar para siempre.

A diferencia de Mañuco, hijo de guardia civil honesto hasta la médula y con inclinaciones poéticas, y de madre costurera, que había hecho de su negrita “Singer” la muda compañera de aquellas trasnochadas en las que, si o sí, había que coser los uniformes de las estudiantes de toda la calle y de las calles circunvecinas, para que asistan bien plantados a su

primera clase de abril, los Álvarez como buenos hijos de gente dedicada al comercio y la carpintería metálica, eran por demás prácticos.

Así que sin más floreos, le dieron las indicaciones precisas a Mañuco de hacer guardia todas las tardes, hasta que ocurriera el hecho de que Blanquita saliera de su casa para ir a alguna parte fuera de ella, acompañarla y soltarle los perros sin más ni más. Porque eso era lo que tenía que hacerse en esos casos. Así era la usanza en ese tiempo y no había otra vuelta que darle al asunto.

Bien aleccionado y bajo la estricta y feroz vigilancia de Federico —el más macuco de los Álvarez en estas faenas— a Mañuco no le quedó otra cosa que dar inicio a la infalible táctica del sesteo, aunque sin cigarro en boca porque estaba cerca de su casa, como una parte de la estrategia clásica de conquistar mujeres, hasta que por fin, después de un sinfín de aguaitadas y desesperaciones, ésta dio el resultado anhelado: Blanquita, con la cara brillando de limpia, peinada con raya al medio y sus dos shimbas negrísimas bereteándose a cada uno de los costados de su cabeza, con la enagua almidonada crujendo en cada paso y sus zapatos de medio taco retumbando en la vereda de cemento, salió de su casa para encaminarse decidida hacia las Cinco Esquinas, seguramente a hacerle un mandado a su madre.

El corazón de Mañuco, al verla en carne y hueso como siempre la había soñado, casi se le sale del pecho, no necesariamente afectado por el hecho de ver a la mujer amada, sino seguramente al ponerse a pensar

cómo le iba soltar los perros, porque de eso no se iba a escapar, estando el Federico haciéndole la guardia.

Obviamente, era la primera vez que, en vivo y en directo le iba a declarar su amor a una mujer, pero... el caso era que... no es que no supiera cómo había que hacerlo. En teoría, eso se lo sabía al dedillo y de paporreta, porque lo había escuchado ya muchas veces de boca de diferentes amigos de la cuadra y lo había practicado y ensayado en secreto una y mil veces, como suelen hacerse estas cosas a esa edad, pero...

En ese momento, si había algo de lo que si estaba completamente seguro, era del hecho de que una cosa era saber en teoría cómo se hace algo y otra, muy diferente, era hacerlo en la vida real. Por eso, su cara se había puesto del color de la flor del algodón, su boca estaba más seca que la carcasa de vaca que usaba don Julio Loredó para poner las medias suelas estaquilladas a los zapatos, por eso sus canillas le temblaban como si estuviera con la terciana de Tembladera y, por eso, su mente se había puesto completamente en blanco.

Pero... ¡caramba!... para esa clase de contingencias estaba el Federico a su lado, así que, dándose cuenta de la situación, éste le agarró del cuello y casi a empujones comenzó a “ayudarle” a caminar hacia el lugar por donde Blanquita, por cada segundo que pasaba y, paso a paso, establecía una brecha que los separaba y que se hacía cada vez más y más distante. Ante tal situación, a Federico no le quedó otra cosa que lograr lo inaudito:

— Corre Mañuco y alcánzala... y no se te vaya a olvidar lo que tienes que decirle. “Por siaca”, aquí te estoy esperando —y de un solo empujón logró que Mañuco, sin saber cómo, resultara corriendo raudamente en pos de acercarse a Blanquita, que se iba caminando con su acostumbrada serenidad por la vereda de cemento del frente—.

Blanquita, al presentir que alguien se le acercaba corriendo, creyó que esa persona la iba a mojar con un globo de agua y que, para no fallar la jugada ni menos desperdiciar los diez centavazos que costaba cada globo, trataba de acercarse a ella lo más que pudiera. Así que... comenzó a correr.

Ante tal situación tan inesperada, a Mañuco no le quedó otra que... también correr detrás de ella con la intención manifiesta de darle alcance lo más pronto posible. En eso de correr, Mañuco se había vuelto un as, después de los tantos ensayos que le habían significado tener que escapar, utilizando ese recurso, del bastón justiciero de su abuelo Pascual. Por esa razón más que por otra atribuible a su deseo de alcanzarla —porque en el fondo no quería que eso ocurriera— Mañuco de unas cuantas zancadas dio alcance a Blanquita.

Cuando eso ocurrió, la perseguida Blanquita se paró de golpe, seguramente con la intención de enfrentar el problema como se debe hacer: dando la cara y mirando directamente a los ojos al mojado carnavalero. Pero al hacerlo se dio cuenta que quien le perseguía no llevaba ningún globo con qué hacerlo,

como era la costumbre, frente a lo cual no le quedó otra alternativa que preguntar lacónicamente:

—¿Qué hay... Mañuquito?

Ante este nuevo evento no previsto el pobre Mañuco, tomado de sorpresa, acezando de cansancio y pálido como alguien que ha visto al cura sin cabeza del balcón de la casa de don Roberto Marín o de don Eulogio Velarde, sólo atinó a decirle:

—Ufff...ufff...ufff...Blanquita... ¡pucha....préstame tu compás!

Es de imaginarse que Blanquita le diría que sí... le podía prestar su compás, tan pronto regresara a su casa y después de hacer el mandado a su madre. Lo cierto es que, al terminar la secundaria en el Colegio “Santa Teresita”, desapareció como por arte de magia, como lo hicieron Carlos Álvarez, César Sangay y William Cabanillas, para irse a estudiar medicina en la ciudad de Lima.

EL GALLO COQUERO

El nuevo profesor entró a la clase, nada más ni nada menos de la forma en que entraría un rabo pelado a un gallinero: con ganas de asustar a más de un plumífero impávido, sea éste un ganso gafiolo al hablar o caminar, un pollo menso, gordo y pechugón, listo para la olla; un pavo simplón emborrachado con cognac para la noche buena; un cuy hippie que no sabe cuando ir a la peluquería; un puerco espín disparando sus dardos sin apuntar bien a quién lo hace o, un apestoso zorrillo de olores trashumantes indescritibles, pero que todo el mundo prefiere no oler, aunque digan que lo utilizan como fijador de los mejores perfumes franceses. Para el caso, daba igual, porque con el tiempo, nos acostumbramos a que nos tratara con esos y otros adjetivos “cariñosos”.

Nosotros, todos aquellos desgarbados “animalejos” del tercer año de secundaria, que comenzamos a ser por obra y gracia de la llegada del nuevo profesor, todavía teníamos fresco en el recuerdo al candelejón de

nuestro anterior profesor de Educación para el Trabajo, aconsejándonos que no deberíamos grabar en las carpetas del salón, ni las iniciales de nuestros nombres ni menos esos adefesios que, según él, solíamos escribir con navaja sobre los relucientes tableros de abril, por la sencilla razón de que cualquier letra era susceptible de ser modificada por otro alumno sólo con agregarle un rabito más a la “a” para convertirla en “d”, cerrar la “u” para convertirla en “o” o agregarle una barriga a la “l” para convertirla en “D” mayúscula y... toda esa nota, que nos entraba por una oreja y nos salía por la otra.

Sin embargo, este nuevo profesor nos dejó con la boca abierta de par en par y sin posibilidades de poder cerrarla, desde que hizo su entrada al salón de clase, ya que ingresó a su interior a grandes zancadas aunque con paso de aprendiz de militar, para luego dirigirse hasta donde estaba el pupitre destinado para los docentes como si siempre hubiera sabido en donde estaba ubicado o como si ya lo conociera desde hacía mucho tiempo. Pero lo que más nos llamó la atención fue la manera cómo nos dijo, a voz en cuello y con una voz de tenor afónico:

—Sépanlo muy bien muchachos, que de este pechito —y señaló su pecho dándose golpecitos cariñosos sobre él como si fuera una tarola— ustedes no se van burlar jamás. Hasta ahora no ha nacido el ratón que pueda hacerlo y que lo haya intentado siquiera. ¿Saben por qué? Porque yo no vengo de colegio de curas. Yo, amiguitos, vengo del Colegio Militar Leoncio Prado de Lima. Y... les vuelvo a repetir

para que no se olviden: ninguno de ustedes, pedazo de mequetrefes, se va a burlar de mí o me va a hacer alguna otra cosa parecida a eso. Antes de que ello ocurra, amiguitos, yo les planto un cero en el registro y de eso no les salva ni la “penicilina”, ni mucho menos su abuelita, que habrá de estar ya, a estas alturas del partido, doliéndole todo el cuerpo por todos los calendarios que lleva encima.

Como el silencio era sepulcral, por la forma tan inusitada de su entrada al salón y, por todas las cosas que comenzó a decirnos sin mediar ninguna razón o motivo que lo justifique —en ese instante, podría haberse oído hasta el vuelo de una mosca, de darse el caso que a las moscas se les ocurriría volar atravesando un salón de clase—, al notar que la situación se había puesto igual que en los velorios de la gente “fo” en velatorio alquilado, comenzó a respirar como si el doctor le estuviera examinando de los pulmones, después de lo cual, un poco más tranquilo, pero sin dejar de impostar su afónica voz, nos dio a conocer sus nuevas amenazas:

—Me han dicho que aquí están todos los cangrejos del San Ramón y que a los profesores ustedes les hacen la vida a cuadritos. A mí no me vengan con vainas, porque de vainas yo sé más que ustedes. Recuerden que el diablo más sabe por viejo que por diablo, así que, saquen sus cuentas caballeritos, si ustedes están de ida, yo ya estoy de regreso. Yo también he sido alumno y... del Colegio Guadalupe de Lima, por si acaso, no de cualquier colegiucho como hay tantos en nuestro país,

incluyendo éste que de centenario sólo tiene el nombre...

Hubiera seguido hablando y amenazando si es que no le interrumpe el colorado Manuel Spelucín para preguntarle qué curso nos iba a enseñar.

—¡Educación para el Trabajo! —contestó el nuevo profesor y agregó allí mismo sin discontinuar su parafraseo— Ahh... pero no se crean que el curso es chivito. Conmigo, nada es chivo. Van a tener que sudar tinta para aprobar este curso. Ahhh... pero eso sí, conmigo van a aprender lo que no han aprendido en toda su miserable existencia. Yo les voy a enseñar a ganarse la vida. Yo les voy a enseñar cosas que les van a servir para ser hombres de bien, no para que al terminar la secundaria estén pateando latas como mucha gente que conozco. No ingresan a la universidad al primer, segundo o tercer intento y se quedan de vagos para siempre, pudiendo abrirse su propio camino. Yo no educo para vagos. Para ser vagos suficiente con que se queden en su casa...

—¿Y qué es lo que nos va enseñar, profesoor...? —le preguntó nuevamente el colorado Spelucín, que había tomado confianza por haberle hecho ya una pregunta, aunque esta vez, hizo notar intencionalmente que también quería que nos diga su nombre— porque se da el caso que nos enseñan a hacer colgadores de sacos que no tenemos.

—Así me gusta Cholo —contestó el nuevo profesor, “choleando” sin razón aparente al colorado

Spelucín que antes que cholo más parecía ruso, para luego continuar hablando con su voz de tenor afónico un poco más sereno que al comienzo— el hombre debe tener la suficiente valentía como para no tener miedo a preguntar. Recuerden que preguntando se llega a Roma. Quien no pregunta, obvio, no llega a Roma ni a ningún sitio, óiganlo bien: a ningún sitio. Pero, vean pues, en medio de tanto pavo, hay un ganso que pregunta. Bien muchachos, me llamo Godofredo González y como ya les dije, les voy a enseñar el curso de Educación para el Trabajo.

Acto seguido sacó de un cartapacio de cuero bastante usado, unas hojas de papel también usaditas, diciéndonos que allí estaba su plan de trabajo. Aclaró que ese plan de trabajo ya lo había desarrollado en el mismísimo Colegio Militar Leoncio Prado de Lima y que en otros colegios de renombre también ya había sido probado con éxito, por otros profesores, que se lo habían copiado al pie de la letra.

Por lo tanto, no había nada más que decir, era un buen plan de trabajo y acá en San Ramón lo iba a demostrar, una vez más haciendo de todos nosotros hombres de trabajo con mentalidad emprendedora, que era algo que hasta ese momento nadie había sido capaz de descubrir todavía ni mucho menos llevar a la práctica.

En realidad el famoso plan de trabajo del profe Godo, como así lo comenzamos a tratar desde ese entonces, era una lista de proyectos escolares. Entre ellos, había uno de construcción casera de un epivisor, del cual se

puso a hablar maravillas, hasta que se le terminaron sus dos horas de clase disponibles.

Nos había dicho por ejemplo, que ese epivisor era mejor que el retro proyector de transparencias que usaban, como si fuera la gran cosa, los profesores más destacados de los colegios, por la sencilla razón de que el epivisor era capaz de proyectar vistas opacas, con lo cual se simplificaba enormemente el trabajo de elaborarlas, ya que se podían hacer sólo con los lapiceros corrientes y sin usar los costosos plumones indelebles que las transparencias requerían.

Nos dijo también que él nos iba a dar los planos de su construcción, porque para eso estaba y, con esos planos, nosotros, si queríamos, hasta nos podíamos dedicar a construirlos en gran escala para convertirnos en industriales millonarios una vez concluidos nuestros estudios secundarios.

El epivisor, para el viejo Álvaro Alegría, al que cariñosamente llamábamos “el muelash”, porque justo en ese año comenzó a estrenar una reluciente dentadura postiza: “no podía proshperar como trabajo manual, por la shenshilla rashón de que nesheshitaba de un foco de lush de alta potenshia, pareshido al que él utilishaba en la máquina de proyecshión del shine “Ollanta”, donde trabajaba por lash nochesh y... shobre todo, porque al sher un producto importado, coshtaría un dineral que era difishil de consheguir para un pobre alumno de shecundaria”.

Y cuanta razón tenía... Como para decir con la certeza de haber presenciado un milagro en vivo y en directo, que: “el diablo sabe más por viejo que por diablo”. Además, el bendito epivisor era un aparato por demás complejo, ya que requeriría adicionalmente de un par de lentes de aumento y de un juego completo de espejos debidamente calibrados y acondicionados en su interior, para invertir la imagen en la cajuela hasta proyectarla, no al revés sino al derecho, como decía el profe Godo que ocurriría.

De yapa, nos parecieron demasiado irreales sus grandes bondades. Sin embargo, cuando nos presentó la idea de elaborar betún para zapatos, a todos sin excepción se nos prendió el foco. Su elaboración nos pareció completamente fácil y ya nos veíamos haciendo nuestra propia pasta para lustrarnos los botines de colegio y todos los zapatos de la familia.

Total, en los preparativos para desarrollar el proyecto de fabricar betún para zapatos, a quien no si no al pavo Del Águila, se le ocurrió ponerle la chapa de “Gallo Coquero”, ya que no sabemos por qué circunstancia, al profe Godo se le crecieron los cachetes como si quisiera emular a Miguel Grau, al puro estilo de aquellos coqueros de los velorios que por falta de uno se adosan dos bolos de coca dentro de la boca, uno a cada lado, para que, en el caso de que uno de ellos les falle a la hora de “armarse”, el otro estuviera siempre a disposición, como la llanta de repuesto que se acostumbra llevar en los carros cuando se tiene que hacer un viaje largo.

Los cachetes se le bajaron a media asta con la tremenda receta que le prescribiera el Dr. Ortiz, en el flamante Hospital Regional, inaugurado hacía poco en el jirón Mario Urteaga, pero la chapa de “gallo Coquero” se le quedó para siempre, al igual que la voz afónica que siguió siendo la misma a la de aquella vez en que hizo su entrada al salón de clase, para decirnos que él no venía de ningún colegio de curas sino del Colegio Militar Leoncio Prado y que, por tal motivo, ninguno de nosotros iba a ser capaz de burlarse de él, ni mucho menos, de hacerle una chanchada de esas que acostumbran hacer los alumnos de tercer grado de secundaria a sus profesores, en cualquier colegio del mundo.

Llevar el curso de Educación para el Trabajo con el profesor Godo no fue tan malo como nos imaginamos y todo pasó sin ningún problema. De todas las cosas que amenazó, entre buenas y malas, nunca llegó a cumplir siquiera una. En el fondo, era bien amarra machos y un poco bonachón, y eso del “terrible profesor del Leoncio Prado de Lima”, sólo quedó en el recuerdo de la primera clase, quedando demostrado que más bien era pura boquilla.

Todo el primer bimestre nos la pasamos, fuera de clase, consiguiendo los ingredientes para fabricar el famoso betún de zapatos “Godo” y durante las horas de clase, narrando de donde habíamos obtenido la cera de abeja, el negrosine de humo para la pasta negra, el ocre para la marrón, el aguarás que tendría que utilizarse como solvente y hasta la pizca de azúcar rubia que el preparado debía llevar para obtenerse el mejor brillo del mundo.

Sin embargo, sólo logramos fabricarlo cuando tuvimos la imperiosa necesidad de obtener la nota correspondiente a ese bimestre. Siempre se había producido en las clases anteriores, algún inconveniente insalvable que impedía que lo pudiéramos producir en clase, en razón de lo cual, nos dijo que sólo aprobaríamos el curso aquellos alumnos que para la clase de la siguiente semana, que era el del examen, se lo presentáramos envasado en un recipiente adecuado para el caso, que no podía ser otro que una lata de betún de las que su contenido ya habíamos utilizado.

En una de las tantas oportunidades en las que tratamos de producir el betún en el salón de clase, con el profesor Godo de alquimista mayor dirigiendo cada uno de los eventos, el plato hondo de fierro enlozado que estábamos utilizando como perol para mezclar los componentes —a fuego lento y controlado y removiéndolos con la espátula de eucalipto que todos tuvimos que hacer a mano, como parte de nuestro aprendizaje— rodó por los suelos junto con la ronera de meretriz pobre, que el Piola Rodríguez se había conseguido no se sabe de donde, al no soportar el tremendo tropezón que en ella se dio nuestro compañero Manuel Boñón, que por decir lo menos, era una especie de elefante bailarín de ballet.

Según lo que el profe Godo nos decía como parte de la clase, la mezcla de los componentes -cuyas proporciones ya he olvidado- tenía que hacerse a fuego lento utilizando una ronera como caldera emisora de calor, porque el ron, al igual que el buen

cogollito de caña, emitían un fuego especial de color azul que permitiría lograr resultados fabulosos en la fabricación del famoso betún.

Por algo, en los corralones del jirón Huatica de la ciudad de Lima, las chicas que desempeñaban allí el oficio más antiguo del mundo, lo utilizaban para calentar el agua para sus lavados, con una efectividad que ya hubieran querido poseer las mamás comunes y corrientes para calentar, por el mismo procedimiento, la leche para los biberones de sus hijos durante las noches, que era cuando las cocinas de mecha se apagaban.

En una de esas tantas idas y venidas con los materiales de fabricación del betún casero, Don Arnulfo Becerra, Subdirector del Colegio, que dígame de paso no nos veía —la vez que lo hacía— con buenos ojos, al ver pasar a Aniceto Vásquez todo orondo, llevando bajo el sobaco derecho sus cuadernos y colgando de sus manos los paquetitos de negrosine de humo, de cera de abeja y de azúcar rubia, así como con la botellita de aguarrás y las velas, lo detuvo en plena grada al segundo piso para preguntarle de la forma en que a él le gustaba hacerlo:

—A ver pues guanaco cajacho, ¿que llevas allí con tanto empeño?

—Sólo los materiales necesarios para fabricar betún —le contestó el Anís, sabiendo de antemano que esa pregunta iría seguida de otras más inquisitivas—.

—¿Y se puede saber quien ha ordenado todo este alboroto?

—El profe Godo.

—¿Y quién es ese “profe Godo”?

—Ya es que... se va usted a hacer el que no lo sabe. El Profesor Godofredo González pues. ¿Quién más va a ser...?

—Ahh... el que les dice que no viene de colegio de curas... ¿no?

—Ya ve que si lo sabía... y desde un principio, sino que a usted le gusta hacerse la chancha.

—Qué chancha ni que chancha, vaya a su salón antes de que le ponga una papeleta por burlarse de sus superiores.

—Pero si usted es una GESTAPO andando... ya es que no va a saber quien es el profe Godo en San Ramón... —y subió corriendo las gradas que le faltaban subir para ir a meterse al salón del tercero “A” sin darse la vuelta, no sea que al Subdirector se le ocurra ponerle de a de veras la papeleta de castigo con la que le amenazó—.

No le clavó la papeleta, pero se metió al salón de clase para sentarse en una de las últimas carpetas y esperar allí a que el profesor González comenzara su clase. Este, muy incómodo al tener por observador de su clase al huarasino del subdirector, no tuvo más

remedio que pedir disculpas por llegar tres minutos tarde al salón y comenzar su clase con un modo ceremonioso que nunca antes ocurrió.

Los alumnos encargados del experimento acomodaron la ronera, derramaron dentro de ella un poco de ron de quemar, lo prendieron con un fósforo y en una sartén vieja de aluminio que nadie se preocupó en regresar al lugar de donde la trajo, comenzaron a verter los ingredientes, pero cuando el Miguelito Rodríguez echó el aguarrás, el fuego de la ronera se propagó hasta la sartén y comenzó a arder como en chifa.

—¡Suficiente! —dijo el Subdirector Becerra con voz de mando— aquí no más se acaba este famoso experimento y, por si acaso, todos los demás que se le parezcan, profesor González. Aquí dentro del salón de clase usted no puede andar haciendo esas cosas y, en caso de que quiera seguir con esa cantaleta, consígase un extintor o llame a los bomberos —agregó como irse—.

Y el resto de las dos horas de clase seguidas que tuvimos ese día, nos la tuvimos que pasar contando nuestras experiencias del último fin de semana por orden alfabético, de acuerdo a las indicaciones del profesor.

Casi al finalizar la segunda hora de clase, cuando le tocaba narrar qué es lo que había hecho en los Baños del Inca al toro Quiroz, el profesor señaló que hasta allí no más iba la cosa y nos pidió silencio para

acordar con él en qué iba a consistir el examen de ese bimestre.

Hecho el silencio, ya que a la hora de las narraciones de experiencias nadie ponía atención y todos conversaban lo suyo, el profesor nos aclaró lo siguiente:

—Miren muchachos, yo creo que más por mala suerte, no pudimos preparar la pasta de zapatos en la clase como hubiera querido. Pero, la preparación es sencillísima y ustedes lo pueden hacer en sus casas. Como yo sé que la mayoría tiene en sus casas cocinas de mechas a kerosene, allí como el fuego es bajísimo no hay peligro de que se produzca un amago de incendio. Además, viertan el aguarrás con cuidado y antes de que se hayan derretido la vela y la cera de abejas y verán que no habrán accidentes de ninguna índole. Eso es chivito. Si no lo pueden hacer, ustedes serían unos completos adefesios. Así que, la próxima clase, todo el mundo me presenta su lata de betún preparada por ustedes mismos y yo, ni corto ni perezoso les pongo su nota.

Como la sentencia estaba dada, cada uno por su lado o juntándonos de a dos, el sábado algunos y el domingo otros, estuvimos preparando el betún casero. Yo lo hice con la ayuda de mi hermano Lucho, mucho menor que yo y por lo tanto, demasiado acomedido para esta clase de experimentos. Pero, como mi madre no me permitió utilizar su cocina de kerosene, tuve que ir a comprar leña donde doña Tomasita y prender la fogata en un patio interior al fondo de la casa, con

la ayuda de una vela, ya que los trozos de eucalipto estaban un poco verdes.

Sin embargo, por más cuidados que interpuse para controlar los grandes acomedimientos de mi hermano menor, al igual que en el caso ocurrido en el salón de clase con Miguelito Rodríguez, al echar el aguarrás al plato donde estábamos preparando la mezcla, casi produce un incendio, quemándose en el incidente todas las pestañas que, desde esa fecha, nunca más le volvieron a quedar como las tuvo al principio. Ahora tiene pestañas, pero las tiene iguales a las de las muñecas que han pasado de la hermana mayor a la menor, por esa infeliz costumbre de los padres, de pasarles a sus hijos menores los juguetes ya matados por los mayores.

El día del examen, todos teníamos nuestra lata de betún lista para presentarla al profesor. Éste, al verlas, hizo que cada uno de nosotros la abriera. Luego, miró, olió y palpó su pastosidad con los dedos pulgar e índice a todas y cada una de las muestras de betún que habíamos fabricado. Finalmente, con una cara de satisfacción que sólo es posible ver en un borrachito que se está curando de la turca con un buen ceviche, dio la orden con la energía que siempre le había caracterizado:

—¡A lustrarse todos los tabas!

—Pero profe... ¿y si no ha salido bien el preparado? —preguntó preocupado Hernán Espinoza—.

—Ahí está el detalle pues... so ganso —le contestó de inmediato— ¿Acaso creen que yo he nacido ayer? Hay varios pendejos que me han traído betún de marca...

Hernán Espinoza, Raúl Correa, el Toro Quiroz, el colorado Del Águila y otros dos más, de inmediato comenzaron a lustrarse los zapatos obteniendo ahí no más un brillo envidiable. En cambio los que habíamos preparado nuestro propio betún, nos hicimos los tontos un buen rato y no había cuando iniciemos la tarea de pasarle el dichoso preparado a nuestras tabas. En eso, nuevamente se oyó la voz impostada de tenor afónico del Profe Godo:

—¡A lustrarse he dicho!

—Pero profe... mis tabas están bien lustraditas, antes de venir a clase lo hice —replicó Manesio Aquino, casi en tono de súplica—.

—Cuando llueve todos se mojan... así que... ¡a lustrarse! —le respondió—.

No hubo más remedio. Todos tuvimos que embadurnar nuestros pobres zapatos con la dichosa pasta casera. Después, por más esfuerzos que hicimos, no pudimos jamás sacarles brillo. Haciéndose el que no veía la cosa, el profesor Godo se puso a pasar revista, esta vez a las tabas de todos nosotros, registro de evaluación en mano, para luego de mirar bien nuestros zapatos colocar la nota correspondiente. Terminada esta tarea, pidió todas las muestras de nuestro betún, las guardó en una bolsa

de papel glupac que había traído ex profeso y sin decirnos nada... se fue.

Al recibir la libreta con las notas correspondientes al primer bimestre, todos los que no habíamos podido sacarle brillo a nuestros zapatos obtuvimos notas de quince o dieciséis. En cambio, los de los zapatos brillantes sólo se ganaron un once canilludo... más la pérdida de su betún de marca, por supuesto. Era evidente con eso, que el profesor no se había creído el cuento de que habían sido capaces de fabricar, con su propia mano, pasta de zapatos marca “Nuggett”, porque eso recién se inventó en Lima, no se sabe si en Mesa Redonda, en el Hueco o en Polvos Azules, muchos años después de esta historia.

Por todo aquello, muy en el fondo de nuestros corazones, todos queríamos tener nuestro propio desquite o una dulce venganza, fieles a la inveterada costumbre de “esto no se queda así, por menores cosas he visto correr sangre”. Y como desde el término del primer bimestre, en San Ramón, se acostumbraba formar los equipos de trabajo para confeccionar los “motivos”, con los que se desfilaba el 30 de agosto desde las 7 de la noche, por todas las calles principales de Cajamarca, la ocasión estaba mejor que anillo al dedo para idearla, madurarla y ejecutarla.

Los “motivos” en aquel tiempo —¿A diferencia de ahora?— eran carros alegóricos que representaban una situación histórica, un hecho relevante ya ocurrido o premonitoriamente por ocurrir, una crítica social caricaturizada a manera de un terrible bocinazo o, en el último de los casos, cualquier otra ocurrencia

de los estudiantes para fregar la paciencia. El “motivo” del tercero “A”, ese año, fue un “Gallo Coquero” que, por viejo, se iba poniendo huevos por todo el recorrido, seguido de una gallina clueca que le cacareaba reclamándole que cumpla algo a lo que estaba obligado por ley, pero que el pobre gallo ya no podía cumplir.

Y... esa fue nuestra dulce venganza en contra del profe Godo o “Gallo Coquero”: por hacernos creer que éramos “animalejos” propios de una fauna no ubicada todavía en ninguna taxonomía zoológica, por hacer que embadurnáramos nuestros zapatos con un cebo que tuvimos que limpiar con aguarrás con mucho trabajo, en el mejor de los casos, o que tuvimos que arrojar a la basura porque de tan pispados que quedaron, ya no se los podía usar para ir a sestar a la gila, en fin, por habernos dicho la verdad, pero con esa voz afónica de tos de perro, que no estábamos dispuestos a perdonar.

******LOS ARETES DE MIMÍ**

Analizando las cosas con visión retrospectiva, es presumible que, por lo menos uno de los ahora inefables integrantes de la “Promoción 1961 de San Ramón” haya tenido fama de santo varón. El resto, simplemente, fueron y son hasta la fecha, un manojito de redomados canijos.

Al parecer, los más pispillos habían ganado a pulso esa fama para toda la promoción -sin saber leer ni escribir- ya que por obra y gracia de más de un descuido, no menos de tres se habían convertido en padres de familia, cuando cursaban recién el cuarto de secundaria, fecha en que por una de esas sabias decisiones del Ministerio de Educación, nos tuvimos que dividir en “los de ciencias” y “los de letras”.

A nadie en el mundo se le habría ocurrido “mejor idea”, porque es de entenderse que, en materia de aprendizaje, el cerebro de los estudiantes de esa época, seguramente que

estaría dividido por una cisura descomunal, en aptos para la geometría, la física, la trigonometría, la biología y la química, en tanto otros lo estaban para la filosofía, la literatura, la gramática, la historia y la geografía.

Tan bien nos encaminaron con esa sabia decisión que, sin saber cómo, a la hora de ingresar a los centros de educación superior, a muchos de los “científicos” les jaló el cuerpo para seguir estudiando ciencias formales o ciencias naturales, en tanto a los “letrados” les ocurrió otro tanto y resultaron estudiando ciencias políticas o ciencias sociales, aún cuando sus habilidades cognitivas reales estuvieran diseñadas para hacer las cosas al revés.

Aniceto Vásquez, por ejemplo, al que todos en la promoción conocemos simplemente como “Anís”, haciendo honor a esa mal pretendida intención de condicionamiento, estudió para profesor de matemática y física aunque, por tener el pico de oro, habría podido llegar muy fácil a congresista o, a obispo mormón, porque cuando coge el micro, encandila a la gente que tiene la desgracia de escucharlo, con una sutileza mil veces mejor que cualquier político de plaza grande o pastor de cine convertido en templo.

Con tales habilidades oratorias y lingüísticas pero no sin grandes esfuerzos, porque en aquellos tiempos de mojigatas costumbres amatorias y de cortejos inverosímiles, las mujeres antes de dar el sí, acostumbraban hacer complejos e intrincados cronogramas, con eventos como: “lo voy a pensar”, “lo estoy pensando”, “si me quieres, ten paciencia”, “ya sabes que no te puedo aceptar así tan de repente”, “dame un poco más de tiempo para madurar mi decisión”, etc.; cuya ejecución cumplían rigurosamente de mes en mes o de quincena en quincena.

De la forma que fuera, en el marco de esta particular y suigéneris forma de desarrollo de los hechos y las circunstancias, “Anís” terminó por conquistar el amor de Noemí Rodríguez: la mujer de su vida, a la que, en franca demostración de su impertinente, perseverante y porfiado amor, la trató desde aquellos tiempos hasta la fecha, simplemente como “mi adorada Mimi”.

Ella por supuesto, sabiendo de qué pata cojeaba su querido “Anís”, no bajó nunca la guardia y, entre una aparente y apacible confianza demostrada especialmente a la hora del desayuno, pero con dudas inconfesables a la hora de calentar la última comida, no dejó nunca al diablo suelto y, haciendo gala de un férreo y disciplinado monitoreo de sus andanzas, logró mantener a su terrible “Anís”, más tranquilo que a eunuco en palacio de odaliscas y, a su querido hogar, navegando firme y en mares tranquilos rumbo a sus metas y la consolidación de sus más caras aspiraciones, corroborado todo ello por la excelentes profesiones de sus hijos y, sobre todo, por haber logrado que su “Anís” nunca terminara sacando el pié del plato, como tantos otros maridazos que andan por allí cargando lo que a la vista de todos deberían ser sus nietos.

Sin embargo, como suele decir con tanta sabiduría la gente, Dios no castiga el pecado sino el escándalo. Así pues, conforme su “Anís” ganaba en experiencia para burlar su vigilancia, tuvo que afinar mucho más sus técnicas de control y monitoreo de la situación. Ya no bastaba con hacerle saber que confiaba ciegamente en él sin hacer nada más que eso, porque en esa creencia, su querido “Anís” se le hubiera escurrido como se escurre el agua entre los dedos de las manos.

Resultaba que para esa época, “Anís” ya no era profesor por horas, del curso de matemática, en el vetusto Colegio San Ramón, sino uno de los más prestigiosos y renombrados catedráticos de la Universidad Nacional de Cajamarca a donde, dígame de paso, fueron a parar casi todos los profesores de ese colegio, en el milenio pasado comenzando por el “Taitito” González.

Además, y a diferencia de antaño en el viejo “San Ramón”, su horario de clases ya no era plenamente conocido por ella, ya que siempre había por allí una reunión extra de coordinación, una evaluación extemporánea, una asistencia a una sustentación como jurado de grado que no se sabía a qué hora iba a terminar, o sabe Dios qué otra macana.

Encima de todo eso, ahora tenía a su disposición para facilitarle la realización de todas esas nuevas andanzas, una estación “Toyota Corona” que, para remate, tenía un asiento posterior que se convertía en una cama rodante sólo moviendo una palanquita y, de sólo pensar en eso, se le aparecían como relámpagos, las imágenes y visiones fantasmagóricas de ver a su querido “Anís” como actor principal del spot de “D’onofrio”, justo en la parte aquella en la que el carro, al ritmo de “tuna catoinga, toinga, toinga” comenzaba a hacer lagartijas sobre la carretera.

Pero, como también dice la gente que el diablo, sabe más por viejo que por diablo, ella presumía no sin infundadas razones, que su canijo “Anís” se las estaba arreglando muy bien para burlar su vigilancia y, encima, para hacerle quedar de convenida o candelajona, lo cual no estaba en disposición de soportar ni asumir. Así que... con la sabiduría de una gata que está a punto de dar el zarpazo definitivo al ratón que tiene a su alcance, decidió

intensificar el control interno a través de auditorías inopinadas y concurrentes.

Como mujer, ella sabía muy bien que, las “otras” suelen dejar mensajitos haciéndose las olvidadizas o distraídas. Alguno de esos vestigios tenía que encontrar en el carro, al que sus amigas de promoción de “Santa Teresita” habían decidido unánimemente llamarlo “putomóvil” en franca alusión al “papamóvil” con el que se movilizaba Su Santidad el Papa Juan Pablo II, cuando vino de visita a Trujillo. Pero... por más que buscó y buscó por todos los más recónditos intersticios de los asientos del carro y, hasta de los bolsillos de los pantalones y las camisas de su “Anís”, no halló lo que se llama nada de nada.

Con sólo un pelito negro -ni siquiera crespo ni mucho menos “rubio con su plata”, como ella hubiera querido- que un día halló refundido entre uno de los asientos del Toyota, no pudo hacer gran cosa, frente a la parlanchina capacidad argumentativa de su Anís que, siempre, terminaba convenciéndola de su incólume honestidad e inocencia y su no menos intachable fidelidad matrimonial.

Antes por el contrario, lo que sí logró con eso, fue ponerlo en estado de alerta máxima, porque desde ese momento su “Anís” nunca más se descuidó de la limpieza de su carrandanga. Testigos de esos cuidados intensivos fueron sus vecinos de las inmediaciones de su casa que lo habían visto, a veces en las cercanías de la iglesia de los mormones, y otras veces, una cuadra antes de llegar a su garage domiciliario, limpiando su carro con una devoción digna de santificación.

¡Qué hombre tan aseado! -decían alguna de las vecinas- él si sabía cuidar un carro, no como otros, que lo andaban

peor que carro de viuda –decían otros- pero, a su Mimí, esa devoción no se le cocinaba por ningún lado, y después de darle muchas vueltas al asunto terminaba diciendo con la certeza de un juez: ¡tiene que haber gato encerrado, allí!

El caso es que, como Mimí no tenía por donde pescarlo infraganti, decidió acompañarlo a donde ella pudiera y hasta donde él lo consintiera. Y así lo hizo. Claro que, haciendo gala de una tolerancia a prueba de balas, su querido “Anís” no protestó para nada frente a esta decisión y hasta le hizo creer que estaba feliz con esa medida.

Una de esas noches en que regresaban de la Urbanización Universitaria, después de asistir al cumpleaños del ingeniero Mujica, unas cuadas antes de llegar a su casa en “El Ingenio”, “Anís” sintió que algo le impedía maniobrar bien el acelerador. Tanteando como pudo con sus pies, al mismo tiempo que manejaba el vehículo, llegó a descubrir que lo que estaba obstaculizando sus maniobras con el acelerador y el freno era nada menos que un zapato de mujer.

Tan preocupado estuvo con ese peculiar hallazgo que, después de terminar de asegurar el carro en el garage de su casa, no llegó a percatarse que su mujer se bajó del vehículo, descalza y con un solo zapato en la mano.

Y... cómo todas las personas vemos lo que queremos ver, “Anís” vio que su mujer salió de su Toyota caminando descalza con los dos zapatos en la mano, y que se fue así hasta el segundo piso donde estaba el dormitorio. Por lo tanto, el zapato que él había tanteado junto al acelerador de su carro, tenía que ser de la trampa. ¡De nadie más!.

Pero como su Mimí no se había dado cuenta de ese detalle, sólo quedaba hacerlo desaparecer lo más pronto posible.

A la mañana siguiente, como de costumbre, tomó su desayuno con el sabroso caldo verde que le había preparado tan diligentemente su Mimí, calentó por cinco minutos el motor de su carro y salió rumbo a la universidad sintiendo el mismo alivio que se siente cuando el cuerpo se libra de una carga pesada y maloliente.

Tan pronto como pasó cerca del río San Lucas, cogió el bendito taco y lo tiró por la ventana de su estación lo más lejos que pudo. Todo habría quedado “okay”, como dirían los gringos y otros que lo pretenden, sin serlo, de no ser porque a su regreso, encontró el dormitorio revuelto y a su mujer, que no se explicaba en donde se habría refundido uno de sus tacos de moda, que no más la semana pasada, se había comprado en la zapatería Malca.

Por más que buscaron con una diligencia inaudita, el zapato no apareció por ningún lado del dormitorio, ni de la casa, ni del carro. Pero, tan bien argumentó “Anís” las circunstancias en que pudo perderse el dichoso zapato, que su Mimí no llegó a saber sino hasta 20 años después, con motivo de la celebración de su cumpleaños número sesenta en un restaurante campestre, que él había sido el que había tirado lejos el zapato en ciernes, para borrar una posible huella o evidencia -hasta esa fecha- de una supuesta infidelidad. Sin embargo, como para ese momento las aguas ya estaban calmadas, la narración del incidente sólo se constituyó en un motivo más de la celebración.

Allí mismo, el propio “Anís”, en un inigualable derroche de narrativa oral, contó a los asistentes al almuerzo, que ese

fue sólo uno de los tantos incidentes de similares características pero igualmente anecdóticos, que ocurrieron en su alborotada vida privada, aunque su vida pública fuera el ejemplo más objetivo de serenidad. Con lujo de detalles, dijo Anís que en cierta oportunidad, cuando venían de la celebración del cumpleaños de Dámaso Medina, su Mimí por fin encontró debajo del asiento del carro... ¡un reluciente arete de oro!

Cuando llegaron a su dormitorio, a la hora de desvestirse - lo cual a Mimí le gustaba hacer sentada en un taburete y frente al gran espejo de su cómoda- se dio cuenta de que le faltaba el arete de su oreja izquierda. El arete era un recuerdo de su madre y, además del valor feble y fiduciario que como joya tenía, para ella poseía un valor incalculable, ya que con ese obsequio había quedado demostrado que era la hija preferida, frente a sus demás hermanas, hecho sobre el cual le gustaba presumir ayudado por su “Anís”, más con la intención de quemarles la sangre a sus tranquilas hermanas que por ser cierto.

Como ella, tan pronto encontró el arete debajo del carro lo tiró por la ventana con una ira mal disimulada, de lo cual no llegó a darse cuenta su “Anís”, para que éste le ayude en la búsqueda que tendrían que hacer, tuvo que confesarle, esta vez sí de verdad a “calzón quitado”, lo que acababa de ocurrir. Su “Anís” que era la nobleza andando, casi sin poder disimular una sonrisa de triunfo que no tardó mucho en convertirse en carcajada, le dijo para tranquilizarla:

- Ya ves amorcito lo que te pasa por celosa. Esta vez has tirado al arete, pero si sigues con la misma cantaleta, mañana o más tarde, puedes llegar a echar fuera de esta sacrosanta casa, a este tu maridito que tanto te

quiere –y para cerrar con broche de oro lo que acababa de sentenciar, y en vista de que ya comenzaba a amanecer, le dijo:- cámbiate de ropa, ponte el buzo con el que corremos hasta el aeropuerto y vamos a buscar el dichoso arete.

Una vecina que pasaba en ese momento por el lugar de la búsqueda: un lote baldío de terreno de la urbanización “El Ingenio”, en donde había crecido el kikuyo hasta cincuenta centímetros de fuste, sin poder comprender lo que estaba viendo hacer a la ejemplar pareja de vecinos, que estaban literalmente de a cuatro sobre el pasto, con la cabeza más gacha que toro rejoneado, sólo atinó a decir para sus adentros:

- Vaya uno a saber lo que están haciendo ese par de gallos. ¡Abrase visto!, convertirse a otra religión, encima mahometana, para salir a adorar a Alá justo a la hora en que sale el sol... vaya, vaya. Pero eso sí, para no estar haciendo yo esa clase de payasadas, a mi religión católica no la dejo por nada del mundo y mañana mismo mando al cacho a esos mormones que ya me tienen hasta la coronilla...

LOS ZANCUDOS DE TEMBLADERA

Se acostumbraba en tierras cajamarquinas celebrar el “Día de la Juventud” el veintitrés de septiembre. Pero, ese veintitrés de septiembre en particular había caído domingo y, el “Tío Juanito” de mis hijos -que no era otro que Juan Saldaña Díaz y que por ese tiempo vivía en Tembladera-cumpliría un año más de su apacible vida al lado de su no menos tranquila y cariñosa Laurita.

Como es costumbre también en estas tierras, los cumpleaños se celebran la noche de la víspera y no el mismo día, como suele ocurrir en otros lugares, razón por la cual había que hacer el viaje de Cajamarca a Tembladera el sábado por la tarde, a fin de poder estar después de las siete pasado meridiano en la casa del agasajado, justo, la víspera del cumpleaños.

Nadie en mi casa sabía, a ciencia cierta, cuántos añitos exactamente cumpliría ese domingo el “Tío Juanito”. Si bien por esa época ya no era el mozalbete de los tiempos de estudiantes, con el que me iba a cazar pishgos con carabina de balines en las invernadas de Cajamarca, tampoco era uno de esos vejetes a los que les gusta usar dencorub después de un partido de fulbito, ya que, apenas comenzaban a pintársele unas cuantas canas plateadas en sus sienas. Sin embargo, si habrían querido determinar su edad, hasta la “Pulguita” -la más ratona de mis hijas-

habría podido adivinar que sería una cantidad de años muy cercana al medio siglo.

Viajar a Tembladera para esa fecha y para otras que se le parecieran, era una costumbre que se había instaurado en mi familia desde hacía más de quince años. Por ello, en nuestra casa del jirón El Inca, todos... incluyendo a nuestra gata “Lucharreyes”, comenzaron a prepararse para la acostumbrada travesía, sólo que esta vez, el viaje iba a llevarse a cabo ni más ni menos de la forma en que realizaban sus travesías los pioneros del viejo oeste, es decir, en una caravana integrada por toda la mancha cajacha.

También habían sido invitados al cumpleaños e iban a viajar en sus propios carros, mi hermano Lucho “Cacaín” y su esposa Mañuca, así como nuestro común amigo Saúl León, que viajaría también en compañía de su esposa Nelly –a la que su vecino “Ugue” le había puesto de chapa “la piernona”, “vaya uno a saber porqué”- y de su cuñado soltero “Calín” Cabanillas, de quien decía Saúl, era el que mejor hacía dupla con él en la guitarra, además de que, con inusual maestría y oportunidad, ni bien comenzaba a afinarla, sugería el plato de comida que debía servirse en la fiesta.

Calín, para ésas y para muchas otras cosas propias de la merecundia del jaraneó, era un verdadero diablo. Hasta ahora sigue siéndolo, a pesar de que su tremenda hija: doctora en medicina, cuando sale con alguna ocurrencia de las que acostumbra, le clave una de esas miradas que matan de un solo envés con el bisturí.

Arrancando de la primera cuerda y asegurándose muy bien de que le escuchen los dueños de casa, Calín solía sacar la dichosa tonadita “fa-sol-la-si”, que él mismo se encargaba de traducir al lenguaje corriente como “pá-sa-me-elcuy”,

que nadie podía dejar de entender que era más que una recomendación a tener en cuenta a la hora de servir los platos.

Ese sábado por la noche, Saúl tendría que tocar la guitarra, obviamente acompañado por su cuñado Calín, no sólo a la hora de cantarle “las mañanitas” al dueño del santo, si no especialmente a la hora de jaranearse, una vez que, ya de madrugada, se hubieran ido la mayoría de invitados comunes: esos que no se amanecían y que se retiraban a sus casas después de que servían el cabrito con el frejol y las yucas de Santa Catalina, la tierra natal del dueño del santo.

Para esa oportunidad, el único que viajó con toda la retahíla de sus cuatro hijos fui yo, ya que todos los demás lo hicieron solos o, a lo mucho, acompañados de su esposa. Mis hijos viajaron conmigo esa vez, por la sencilla razón de que jamás me iban a aceptar quedarse en la casa y dejar de escuchar cantar a su tío Juanito, ese vals norteño que en uno de sus versos dice: “verdes son mis algarrobos” que tanto les gusta hasta ahora, o el otro consabido vals “Felicidad”, cuya letra hasta se sabían de memoria como poesía para el día de la madre.

Por aquellos tiempos –y es presumible que tal estimación de la distancia se mantenga incólume hasta la fecha, bajo similares condiciones- entre Cajamarca y Tembladera había tres horas de viaje bien jaladas. En igual tiempo lo hacíamos en nuestro “Toyoto setenta y dos” en el viaje de regreso, que era de subida y que por tal circunstancia habría tenido que durar más; pero, el viaje de bajada normalmente lo hacíamos en más de cuatro horas por todas las paradas que había que hacer en el trayecto.

Afirmar que la marca de nuestra carrandanga era “Toyoto” en masculino -y no “Toyota” en femenino, como es la

marca real de esos vehículos- sólo pretende dejar constancia de que ese carrito era bien macho y, sobre todo, fiel hasta el último de sus pernos o bielas, puesto que, en casos de emergencia, se las arreglaba para andar como si nada, hasta con diez personas a bordo, con todos sus cachivaches.

En nuestro “Toyoto” hacíamos el viaje desde la sierra – Cajamarca está a dos mil setecientos cincuenta metros de altura sobre el nivel del mar- hasta las playas del río Jequetepeque en Tembladera –a lo mucho a trescientos metros de altitud- parando todo el camino por quitame esta paja: que ya la señora quiere churrir, para lo cual había que buscar un recodo en la carretera donde ella pueda esconder sus vergüenzas y mear como Dios manda, ya para que mi hija “Pulguita” y Dennis, mi único hijo varón, hagan “vuec vuec” y se repongan de las arcadas, o ya para que mis hijas mayores Zully y Tania se tomen una foto para el recuerdo y compren alguna fruta, además de otras cosas que ya no vale la pena mencionar.

Pero así y todo, cada viaje, además de singular, era una delicia y una fuente inagotable de aprendizajes para mis hijos, por la diversidad de vida en cada uno de los pisos ecológicos que atravesábamos durante el recorrido y por la infinidad de otras cosas que se hacían “sin querer queriendo” como diría el Chavo del Ocho. Durante el recorrido se podía observar, por ejemplo, desde el paisaje urbano de la ciudad de Cajamarca, hasta no menos de cincuenta ecozonas de las ochenta y cuatro que tiene el Perú, y por lo menos, unos dieciocho tipos de clima de los veinticuatro que poseemos como país.

Apenas cruzábamos raudos el abra del Gavilán, en San Juan se tenía que hacer la primera parada obligatoria para saborear las más sabrosas y nutritivas –porque a veces venían con proteínas incorporadas en forma de blancos

gusanitos- chirimoyas del Perú. Después de darnos una gran empanzada con esta deliciosa fruta serrana, seguíamos el viaje hasta llegar a Magdalena, donde de nuevo había que hacer otra parada obligatoria para comprar una botella de “cogollito” o de miel de caña, o simplemente, para comer más chirimoyas, así como, las más dulces granadillas y los inigualables maméis.

En Choropampa no había parada, porque en esa época, nadie habría podido ni siquiera imaginar, que allí, algún día, iba a ocurrir el desastre ecológico más grave de la región, como aquel cuya causa se le atribuyera a Minera Yanacocha.

Se sabía que esta empresa trasladaba mercurio de Cajamarca a Lima, utilizando los servicios para ese efecto, de la empresa “Ransa”.

Se sabía también que tal transporte se llevaba a cabo bajo estrictas medidas de seguridad. El mercurio tenía que transportarse envasado en balones parecidos a los del gas propano para cocinar, pero la mitad de pequeños, aunque con pesos superiores a los sesenta kilogramos, pero eso sí, bien cerrados con válvulas, llaves de presión y otras cosas parecidas.

Lo que se desconocía era la magnitud de la inconsciencia de uno de los choferes transportistas de “Ransa” que, para poder hacerle los arrumacos que acostumbraba dispensar, cada vez que pasaba por allí, a la querida que tenía en ese lugar, dejó estacionado su trailer al borde de la carretera y se olvidó de despertar a los que tenían que cuidarlo, lo cual fue aprovechado por algunos de los moradores de Choropampa que, en la creencia de que junto al mercurio allí se transportaba el oro, con herramientas inverosímiles y esfuerzos inenarrables, lograron abrir los balones cerrados a presión y repartirse su contenido, como habían

hecho anteriormente tantas veces con la crema de leche de las cisternas de la “Nestlé”, cuando un huayco hacía imposible que dichos vehículos sigan su viaje hasta Chiclayo.

Y... es que hasta ahora en Choropampa o sus cercanías, especialmente en época de lluvias, los suelos aluviales sedimentarios que le son característicos, no terminan todavía de acomodarse, y se asientan de cuando en cuando, dejando grietas de no menos de un metro que, muchas veces, atraviesan la carretera o la recorren como anacondas a lo largo de un gran trecho de ella, volviéndola intransitable.

El pueblo de Choropampa antes del “milagro” del derrame de mercurio, no era un pueblo establecido como lo es ahora, ya que allí funcionaba sólo los días martes, un mercado regional de productores agropecuarios que se apostaban a ambos lados de la carretera con sus costales repletos de papas, arvejas, lentejas, frijoles, chirimoyas y granadillas, amén de otros muchos productos cosechados en sus chacras, para venderlos a precio de huevo a todo el que pasara por allí.

Como los sacos de sus productos los tenían que traer a lomo de bestia –en mulas, caballos y burros- hicieron una especie de galpones para que dichos animales puedan guarecerse del sol o de la lluvia, mientras ellos comerciaban. Luego, aparecieron algunos bajaretes y mediaguas y, finalmente, casitas a dos aguas de paredes de quincha de carrizo, que extraían de las riveras del Jequetepeque que, por allí, toma el nombre transitorio de río “Sanjuanero”.

En no más de diez años, el pequeño asentamiento había crecido tanto, que la departamental de Educación tuvo que crearle un Jardín de la Infancia, una Escuela Primaria y

un Colegio de Educación Secundaria, en tanto la departamental de Salud les creaba la Posta Médica respectiva.

Así estaban las cosas, como suspendidas en el tiempo, cuando ocurrió el derrame de mercurio, lo cual possibilitó que, de un solo golpe, la Minera Yanacocha les construyera, a manera de indemnización compensatoria, por la desgracia que allí había producido, una “Vía de Evitamiento”, un jardín, una escuela, un colegio, una posta médica y un palacio municipal, nuevos y de material noble, con ladrillos traídos desde el Cerrillo en Cajamarca.

Después de Magdalena se arribaba a Chilete, inolvidable por parecerse a un hornito, donde las vendedoras de mangos, guabas y ciruelas, si no se les compraba sus productos, querían metérnoslos por las orejas o por cualquier otro orificio del cuerpo que por allí estuviera disponible.

A esa altura del viaje, a mi hija “Pulguita” ya se le habían pasado los mareos y las náuseas y, al resto de mis hijos mayores: dos mujeres y un varón, las ganas de seguir acabando con cuanta fruta se les pusiera por delante, por lo que desde allí, se iban cantando como descocidos, con todas las lunas del carro abiertas a más no poder y con el aire tibio del ambiente entrando a raudales y queriendo sacarles de cuajo desde el interior del vehículo, en tanto el río Jequetepeque, a la izquierda, serpenteaba feliz por entre los diferentes tonos de verde limón de los arrozales del valle.

De Chilete a la Mónica no había más que un paso, luego se pasaba a Yubed y, después de Quindén, que se erguía solitario a la otra orilla del río, aparecía el pueblito de Yatahual, que es donde comenzaron a aparecer los mangos injerto de color granate con los que ahora se inundan los

mercados de Pacasmayo, Trujillo, Chepén y Cajamarca, entre otros.

Cuando finalmente cruzábamos Santa Clara y el puente de fierro de Yonán, era porque Tembladera con sus deliciosos cascaves, charcocas, sarras, lifes, picalones y camarones, estaba ya a nuestro alcance y, obviamente, como en todas las relaciones recíprocas, nosotros los serranos con nuestros pellejos de yuca pelada y nuestras canillas blancas reverberando como fluorescentes, nos poníamos al alcance de sus aterradores mosquitos y zancudos.

Los mosquitos eran unos seres por demás chinchosos, despreciables y chupa jeringas. Si no podían mordernos en cualquier parte de la piel que estuviera desnuda, con sus feroces mandíbulas expresamente diseñadas para ese fin, se clavaban de cuerpo entero debajo de los párpados de los ojos, igual que kamikases, no se sabe si para chupar nuestras lágrimas o solo para fregar la paciencia, dejando al pobre ojo con un ardor de padre y señor mío y, con muchas lágrimas derramadas en balde, aunque cualquiera hubiera podido decir que era por el mosquito suicida.

Los zancudos, por su parte, a todos nos reconocían como “tíos”, sin discriminar nuestra edad, y se venían hasta donde uno estaba, en comandos para guerrillas, en falanges, en batallones clásicos o en columnas de combate, tan pronto como el sol comenzaba a ocultarse por los rasguñados cerros de piedra caliza, de las canteras ubicadas al noroeste de Tembladera, de donde se obtiene la materia prima para el “Cemento Pacasmayo”.

Algunos dicen que el nombre de Tembladera deriva, justamente, de la existencia a montones incalculables de estos sobrinicos tan adictos a realizar sangrías a todos los que, por cualquier circunstancia, llegan allí de visita o de pasada. Particularmente, es en la noche donde ellos hacen

su agosto, porque en el día, como los vampiros, duermen en algún lugar donde no les llegue el sol.

Por este detalle, todas las casas tienen en cada cama, un “mosquitero” de tul que deja pasar el aire pero no a los zancudos, aun cuando, dada la función que cumple, debía llamarse “zancudero”. De los mosquitos, en cambio, que sólo atacaban de día, no había nada que pudiera protegernos, salvo bañarse a cada rato, porque según dicen, es justamente el sabor a sal y el olor a sudor lo que los atrae.

Tembladera era zona de malaria hasta el año de mil novecientos sesenta, fecha a partir de la cual, la ONU dio inicio a su campaña de erradicación de esta enfermedad pandémica en el mundo. El caso es que, antes de esa fecha, a todos los viajeros que se aventuraban a pernoctar en este lugar –y... a los que sólo pasaban por allí... también- les atacaba sin misericordia alguna, cualquiera de las formas conocidas de malaria, de las cuales, la terciana era la más frecuente.

La terciana se caracterizaba por manifestarse en el afectado –dejando un día- como una “tembladera” horrorosa con altísimas fiebres, escalofríos y sacudetes peores a los producidos por el mal de Parkinson. De allí que, más que a la existencia de una especie de totora que crece hasta la fecha en los tembladerales que se forman en algunos meandros del río Jequetepeque, Tembladera merece su nombre a la malaria que allí se había asentado con ganas de quedarse a residir allí para siempre. Con suerte, al haber sido clasificado el valle del Jequetepeque, por la ONU, como zona infestada por malaria, la dichosa enfermedad fue erradicada para siempre.

El hecho de que hubiéramos viajado ese sábado por la tarde, para celebrar un cumpleaños por la noche, desde el

mismo momento en que llegáramos a destino, nos hizo incluir entre los atuendos propios del viaje, dos cajas de cerveza por cada cabeza de familia que llegaría de visita.

Y... como habíamos salido de Cajamarca a eso de las tres de la tarde, llegamos a Tembladera cerca de las siete de la noche y... claro, tal como lo habíamos previsto, antes de que termináramos de sacar de los maleteros de nuestros carros las cajas de cerveza, junto con las demás cosas que traíamos como presentes, Juan y Laura nos recibieron como era su costumbre, con sendos vasos de cerveza heladita que nadie se opuso a recibir y que, más bien, con un entusiasmo inusitado, hicieron desaparecer como por arte de magia, gorgüero adentro.

Desde otro lado, como mi hermano Lucho Cacaín y su esposa Mañuca, viajaron en esa oportunidad por primera vez a Tembladera, no tenían la misma familiaridad y confianza que ya todos los demás teníamos en la casa de Juan. Sobre eso, no se sabe si por las chirimoyas de San Juan, por la excesiva cantidad de proteína que ingirió en forma de blancos gusanitos moradores de esa fruta, por los ligeramente agrios maméis de Magdalena o, por las guabas de la Mónica, que todos comimos sin medida, a mi hermano Lucho, a nuestra llegada a Tembladera, se le aflojó el estómago y su retén –según dijo él mismo- ya no podía seguir atajando estoicamente la inminente salida de los gases y los fluidos que pugnaban por estar en libertad.

A tal punto le llegaron las exigencias de su estómago que, sin ningún ápice de sus vergüenzas iniciales, buscó por todos los medios que le parecieron lícitos, un baño donde descargar toda esa humillante desesperación que estaba a punto de matarlo... de un diarreazo interruptus. Pero, para empeorar su calamitosa situación, todas las veces que fue presuroso al baño de la casa, lo encontró ocupado no sabía por quién. En vista de tal situación, optó por lo que le

pareció más simple y más natural. Sin mayores disimulos, pero si ajustando a más no poder el culo, salió corriendo rumbo a un pequeño cerrito que había cerca de la casa de Juan.

Allí hizo todas sus necesidades apremiantes, sintiendo después del hecho, aquella felicidad inenarrable que todos hemos saboreado alguna vez en circunstancias similares. Pero... esa alegría y satisfacción inicial le duro muy poco. Después de rebuscar en todos sus bolsillos, cayó en la cuenta, finalmente, de que no había traído consigo papel higiénico para limpiarse el salpicado y mojado totorrete. Tampoco pudo encontrar en los arbustos, a tientas, una hoja más o menos apropiada para ese fin, ni mucho menos una piedra o una tusa que pudiera ser adaptada para lo mismo.

En vista de tal desgracia, lo único que le quedó fue echar mano a los forros de los bolsillos de la casaca negra de cuero que se le ocurrió estrenar esa fecha. De un solo tirón, arrancó el forro del bolsillo derecho, pero no fue suficiente por lo jugosa de la defecación, así que no tuvo más remedio que arrancar también el forro del bolsillo derecho, con lo cual recién pudo terminar el trabajo ineludible de limpiarse, no sin percatarse antes que los dedos con los cuales había hecho esa faena, olían a diablos y bien los hubiera podido emplear para atraer y cazar moscas.

Mientras todo lo anterior ocurría -como es obvio esperarse- los zancudos de Tembladera, que todo el mundo sabe que son unos completos desgraciados y unos degenerados sin nombre, no dejaron pasar la oportunidad de llenar de sangre sus panzas hasta casi reventar.

Para lograr este propósito, sin pizca de lástima ni conmiseración alguna, clavaron sus lancetas en todos los

retazos de su cuerpo que quedaron desprotegidos de ropa. Es de suponer que el culantro blanco de mi hermano, después de tan flagrante violación, se quedaría más pecosa que la cara de Jaime Olsen o de cualquier otro irlandés de esas características, y como a tal sopino los zancudos habrían convertido en un verdadero arnero, no tardaría mucho en enroncharse.

Algún rato después de pasado el percance, aún cuando en todo su culantro sentía una picazón terrible, lo que más le preocupaba era el hecho de que, además de sentir una porfiada comezón en el glande de su pene, éste se le estaba hinchando a pasos acelerados.

No era para menos. Cerca de diez lancetas de otros tantos aguerridos y feroces zancudos, habían horadado inmisericordes la frente de su pajarillo cantor y sus picaduras, como es de esperarse en tales casos, comenzaron a producirle de inmediato, primero un agradable y sonsonete escozor y luego las rascadas que estarían orientadas a aplacar la comezón.

Lamentablemente, en este como en muchos otros casos, la medicina es peor que la enfermedad. Pronto, las rascadas disimuladas del inicio, dieron paso a las desvergonzadas y sátiras que le siguieron, hasta que, finalmente, la cabeza de su pajarillo cantor quedó tan grande como la de Ño Carnavalón.

Al incorporarse de nuevo a la fiesta, no pudo negarse a salir a bailar una salerosa cumbia del “Cuarteto Continental” que, para empeorar su precaria situación, estaba grabada de un solo tirón en todo un lado del long play. Durante el baile del interminable disco, mi hermano Lucho Cacaín parecía un bailarín de la gran flauta. Claro que la verdad era otra, pero... ¿acaso los que estaban en la fiesta lo sabían?

Movido por la necesidad de rascarse el pájaro sin que nadie se diera cuenta, Cacaín hacía unos pasos inverosímiles e inejecutables para cualquier bailarín normal de cumbia, aunque eso, a la larga, empeoró la hinchazón de su otra cabeza.

Cuando por fin se acabaron los 16 minutos que duró el long play, se largó hacia el baño llevando casi a jalones a su mujer, que animada como estaba ya con las chelitas y las ocurrencias del Calín, no se fue de buena gana.

Con suerte, esta vez el baño estuvo libre y allí dentro, le explicó a su Mañuca lo que le había pasado, pidiéndole que “viera” lo que tenía su calvo pajarraco. Como era natural en ella, tan pronto vio lo que tenía que ver, no pudo aguantar la risa. El espectáculo le resultó inusual y por demás hilarante, por lo que, entre en broma y en serio, sólo atinó adecirle:

- Ahí déjalo... que así... está recontra buenazo.

Pero si bien quería que así se quedara para siempre el pajarraco de su marido, preguntó a una persona de confianza qué podía hacer en ese caso y no demoró mucho en aplicarle ella misma la receta. Le habían dicho que el limón soasado con sal, no sólo le quitaría de inmediato la hinchazón, sino que, especialmente, le quitaría el escozor producido por las picaduras de los zancudos.

Y, aunque el medicamento le hiciera ver al malogrado Lucho Cacaín todos los diablos juntos, fue por demás efectivo, ya que, según decía la misma aplicadora del limón asado con sal, hasta lo había reducido de tamaño, lo cual, era más que evidente que no le convenía, por lo que no estuvo jamás de acuerdo con tal efecto del remedio. ¿Cómo iba a estarlo?

En franca muestra de su explícito desacuerdo y, sobre todo, pensando ganarse algo con la situación, se dedicó toda la mañana del domingo, a cazar zancudos y a guardarlos en una cajita de fósforos marca “Llama” que había conseguido expresamente con ese fin, por donación voluntaria, de algún caballero fumador en la noche del sábado, para llevarlos con el debido cuidado hasta Cajamarca, donde pensaba soltarlos de uno en uno, para que le hagan el trabajito de hincharle la concertina a su marido, todas las veces que ella quisiera.

LOS DE CIENCIAS Y... ¡LOS DE LETRAS!

Por obra y gracia de una de las más “inteligentes medidas pedagógicas” implementadas por los sabios del Ministerio de Educación de esa época, las tres secciones de lo que más tarde iba a ser la “Promoción 1961” del Colegio “San Ramón”, se vio reagrupada para formar dos secciones de ciencias y una de letras. La de “letras” fue el 4° “C” y las secciones de “ciencias” el 4° “A” y el 4° “B”.

Muchos tuvimos que aceptar nuestra suerte resignadamente, otros en cambio gestionaron el primer día de clases su cambio de letras a ciencias o viceversa y, finalmente, a otros los agarraron de un brazo y los llevaron de donde estaban ubicados, hasta donde la collera quería que estuvieran.

El trámite administrativo de tal cambio, había que hacerlo en el Departamento de Psicopedagogía, a cargo del Profesor Jorge Cueva Arana que, al parecer, jamás estuvo de acuerdo con tal clasificación, en razón de lo cual, tan pronto uno se aparecía con la tonada de que quería cambiarse de ciencias a letras o al revés, él accedía, siempre y cuando hubiera vacante en términos de capacidad del salón de clases.

Hasta ese momento no habíamos sido alumnos del Profesor Cueva ni recibido clases de él, por eso, seguramente, cuando nos fuimos a gestionar nuestro traslado, nos aceptó no porque conviniera a nuestros

intereses sino como quien acepta las cosas que la gente suele querer. Sabía por formación, que las pruebas que él mismo nos había tomado para clasificarnos, en la práctica no funcionarían y que mejor era ubicar a cada quien donde, por voluntad propia, deseara estudiar.

Ese año, en todas las secciones de cuarto año, el profesor Cueva enseñó Psicología y Educación Artística. La asignatura de Psicología la llevó más o menos como solían llevarla todos los profesores, pero con variantes bastante flexibles para esa época. Nos pidió -sin obligar a nadie- que compráramos el texto “Psicología” –así, a secas- de Wálter Peñaloza Ramella y para los exámenes nos alcanzaba con la debida antelación, un balotario del cual tendríamos que escoger al azar, el capítulo sobre el cual queríamos rendir el examen, que era oral.

Don Jorge Cueva nos tomaba examen oral a la hora de recreo como quien conversa caminando por los pasillos, en el Departamento de Psicopedagogía bien apoltronados en su sillón, o en la salida de clases como quien regresa a su casa, caminando por la Avenida 13 de julio. Para ese entonces, esa era una novedad en la enseñanza y sobre todo en la evaluación y, a ninguno de sus alumnos, esa manera de enseñar y de evaluar, nos disgustó o nos causó algún descontento.

En la asignatura de Educación Artística, en cambio, nos llevamos la sorpresa de nuestra vida.

En la primera clase no más, don Jorge apareció en el salón cargando varios discos “long play” de música clásica y un tocadiscos a pilas, de color plomo y de forro de vinílico parecido, hasta en el tamaño del armatoste, a las máquinas de escribir marca “Olimpia”, con el cual comenzó a hacernos paladear musicalmente las tesituras y arpeggios de los más consagrados músicos de la época clásica y de la

actualidad, explicándonos el rol de cada instrumento que intervenía en la interpretación, contándonos alguna anécdota o historia acerca del músico que creó la melodía o el significado de cada uno de los pasos en una ópera.

Todo iba muy bien para nosotros, hasta que se acercó la fecha del primer examen bimestral. Allí, como si nos hubiéramos puesto de acuerdo las tres secciones, emplazamos al profesor Cueva para que nos diga cómo iba a ser el dichoso examen y en que iba a consistir, ya que él nos había asegurado taxativamente que no era necesario tomar apuntes ni que tendríamos la necesidad de estudiar nada de la manera convencional... ¡porque no pensaba tomarnos examen!

Según lo que nos aclaró ese día, así lo tenía pensado y por eso nos lo había dicho, pero; como del dicho al hecho hay mucho trecho, el Profesor Becerra Subdirector del Colegio – con palabrotas y todo o sea en lenguaje ancashino- le había dicho que se dejara de vainas y que tomara examen como todo el mundo lo hacía, so pena de recibir un memorando por desacato.

Ante tal estado de cosas, preparó una hoja de papel bulki por cada alumno, la llenó con cuatro preguntas abiertas mimeografiadas, que no nos tomamos ni siquiera la molestia de leer y nos las hizo llegar en el salón de clase, con ayuda de un propio, ante nuestra total estupefacción.

Pero ocurrió que antes del examen, alguien de quien casi nadie de la promoción recuerda el nombre, llegó a cada salón a informar que, como el mismo profesor nos había dicho que no nos iba a tomar examen jamás, había que hacerle cumplir su palabra y que nadie rindiera el examen. Dicho y hecho, con excepción de una oveja negra -que siempre las hay en cada redil- pusimos de puño y letra nuestro nombre y apellidos en la prueba y la entregamos en blanco, sin contestar ni jota.

El profesor Cueva, al parecer, como era su costumbre, sin mueca de desagrado, recogió las pruebas y las guardó ese año, no supimos donde. Pero el Subdirector don Arnulfo Becerra aprovechó de esa circunstancia para hacerle sentir cuan dura podía ser su mano, por haber tratado de introducir sin su permiso, cambios en la rancia metodología de enseñanza del Colegio que, particularmente, el no compartía ni había intentado comprender.

Y cambió a nuestro querido profesor Cuevita por don Andrés Cevallos, el mismo que, por ser pintor, el resto del año no nos hizo escuchar ni una sola nota de música y nos tuvo haciendo bodegones, utilizando acuarelas o nuestros lápices de colores (en ese tiempo no había témperas).

Cuando estuvimos en quinto año, de nuevo el Profesor Cueva estuvo con nosotros para enseñarnos “Introducción a la Filosofía y la Lógica”, lo cual hizo de modo similar a cómo nos enseñó Psicología en cuarto de media. Si bien allí también empleó una metodología demasiado flexible para esa época, no llegó a causar las iras del Subdirector, debido a que no suprimió algo “tan importante” como tomar examen de conocimientos a la usanza de esa época: con suspensión de labores y todo.

Don Jorge Cueva acostumbraba llegar a sus clases de Filosofía y Lógica con un terno plomo claro de casimir, camisa blanca de cuello engomado con chuño de yuca, que su solícita Chepita compraba en la bodega en panecillos blancos del tamaño de una moneda de a sol, y corbata adusta que tenía que hacer juego con su terno plomo.

Lo que nos sorprendía a todos era el hecho de que su saco tenía, de lado a lado, un “recuerdo impercedero” de algún alumno con problemas psicológicos muy serios, pero a pesar de que le preguntamos en muchas ocasiones, no

llegamos a saber en qué sección ni qué alumno, había vaciado literalmente la tinta líquida azul de su lapicero marca *Estherbrook*, haciendo con ella una sucesión interminable de gotas que iban desde el cuello del saco hasta el borde inferior del mismo, allí donde la espalda cambia de nombre.

Lo impresionante del caso es que Don Jorge jamás había querido mandar hacer que desmanchen su saco en la tintorería “Dandy”, que era muy eficiente en esos menesteres, y se ponía justamente ese saco manchado para ir a sus clases, seguramente con la intención de generar en el alumno que había vaciado la tinta de su lapicero en su espalda, lo que después León Festinger daría en llamar una “disonancia cognitiva”, dejando evidente que lo hecho por aquel alumno era una malcriadez injustificada y sin nombre. Sólo Dios sabe -y Don Jorge Cueva también, seguramente- si es que lograría crear la tal disonancia en el tal alumno y si lograría, por fin, la esperada disculpa.

En quinto año, el curso de Filosofía que llevamos en el primer semestre y el de Lógica que desarrollamos en el segundo, fue para nosotros una de las formas más satisfactorias de aprender ambas cosas y, todos, sin excepción, salimos bien librados. El caso es que, el día en que le pedimos al Profesor Cueva que nos alcanzara nuestras notas, nos dimos con la sorpresa de verlo entrar al aula de clases con unas hojas en papel bulki impresas en dito azul.

Cuando se instaló en el aula, el mismo nos indicó que allí en esas hojas, nos iba a alcanzar nuestra evaluación, es decir, el resumen de todas nuestras intervenciones orales junto con su apreciación evaluativa de fin de año. En síntesis, nuestra calificación de fin de año. Al acercarnos a

recogerla de su pupitre, nos dimos con la grata sorpresa de hallar allí, registrada en forma descriptiva y cualitativa, nuestro desempeño durante el año, cosa que hasta ese momento nadie se arriesgó en hacer.

...sólo que para entregarnos la nota esa, buscaba en el reverso del fajo de hojas impresas que había traído con las evaluaciones cualitativas, nuestro nombre y apellidos. Y allí estaban nuestra “gracia” de puño y letra, como uno más de los exámenes de Educación Artística que le habíamos entregado sin contestar ninguna pregunta... ¡en cuarto año!

LAS CAMPANADAS DEL HERMANO SIMÓN.

Hacia no menos de una semana que el hermano Simón había muerto trágicamente en un accidente ocurrido en el puente de Llacanora. Según sus planes, en la camioneta nuevecita que el profesor de la Escuela Normal don Abraham Aguilar se había comprado hacía poco, iban a cazar venados no se sabe si por los bosques arbustivos de Sondor en Río Seco, o por las interminables jalcas de la Pauca, entrando por San Marcos.

Lo cierto es que no pudieron pasar ni siquiera el río que se forma de la unión del Chonta y el Mashcón -que por esa zona se llama Llacanora- porque la camioneta se volteó y se cayó “patas pa’arriba” sobre un pozo que justamente se formaba gracias al muro de concreto sobre el cual descansaban los dos grandes troncos de eucaliptos de la base del puente de madera.

Como resultó explicable para los alumnos de la Normal, el hermano Simón no pudo salir por la ventana de la camioneta station wagon “Datsun”, como pudieron hacerlo los demás, porque el techo de ésta lo había aplastado sobre el asiento posterior y, más que todo... por gordito. El sincero pesar que por tan lamentable pérdida, sin excepción, nos embargaba a todos todavía, era algo que se podía respirar en el ambiente un poco monacal del internado.

Lo de “un poco monacal” es porque de verdad sólo lo era de ese modo, a diferencia de los claustros de la Escuela Normal de Mujeres, del otro lado del pasaje por el que hasta ahora se entra al canchón, que con sus arquerías, sus largos pasillos y sus cuartos de retiro en hilera, construidos en su totalidad con la misma piedra volcánica que sirvió para levantar las iglesias de Cajamarca, semejaban estar empotradas en algún muro imaginario y daban la impresión que de allí salían de la nada, unas monjas que, si habrían podido cubrirse la nariz, los ojos y la boca, con esos trapos nacarinos y negros que usaban, se lo habrían cubierto gustosas, para acumular más indulgencias y ganar el derecho de ir al cielo con cascos y todo.

Esa noche al igual que todas las posteriores al deceso, los hermanos maristas habían estado cantando coros de música gregoriana hasta muy tarde, pero como por reglamento, los alumnos teníamos que acostarnos a las nueve con cuarenta y cinco pasado meridiano, incluyendo a los que voluntariamente se iban a la capilla a rezar el rosario con el hermano Cecilio -o sólo el hermano “Tacho” como acostumbábamos decirle por la forma de su nariz- nos fundamos en nuestros pijamas y nos dispusimos a dormir.

A las diez de la noche en punto el hermano “Tacho”, seguido por detrás como en procesión por el auxiliar de educación Juanito Trujillo, ambos premunidos de sus respectivas linternas a pilas marca “Ray-O-Vac”, pasaron la revista de rutina. A esa hora todos los internos teníamos que estar en condición de “dormidos” aunque estuviéramos más despiertos que alumnos de primer agrado a la hora del cuento de la motivación. De no estarlo, en cumplimiento del reglamento del internado, pasábamos a ser apuntados en una libreta por don Juanito y nos quedábamos castigados sin salida a la calle el sábado y el domingo.

Los hermanos maristas jamás exigieron, ni ir a misa los domingos ni subir a la capilla a rezar el rosario, presumiblemente, debido a una muy lúcida disposición de alguno de los provinciales de la congregación a la que pertenecían o por simple convencimiento, después de verificar en carne propia que, en la práctica de una religión como en el amor, nada funciona si lo que se practica o se da, no se hace voluntariamente y con alegría.

Lo único que hacían cumplir por las buenas, era aquella “resadita” conocida como “El Gloria” a las cinco y media de la madrugada, para agradecer a Dios de estar vivos al levantarse de la cama, y aquella otra, antes del almuerzo, para hacer otro tanto por los alimentos recibidos. Ambas eran muy breves y casi lo hacíamos con gusto.

Pero las monjas del negocio del frente no eran, definitivamente, partidarias de tales prácticas liberales. Allí en sus claustros inquisitoriales, por ejemplo, para ensayar el coro –que era muy bueno, por cierto- privaban a las alumnas especialmente dotadas para el canto y a todas aquellas que tenían buena voz, de todos sus recreos y horas libres. Los ensayos diarios del coro, que por una hora o más se realizaban, eran sagrados y hasta donde se sabe, nadie podía escapar de ellos. La cantante tenía que

estar presente, si o si, por lo menos en cuerpo, aunque su alma estuviera sabe Dios deambulando por donde.

Si alguna vivaracha quería librarse del ensayo diario haciéndose la afónica o diciendo que estaba “sucedida”, sabía de antemano que tarde o temprano, eso sería tanto como darse de cabezazos contra la pared. La madre Camino, sempiterna conductora del coro, hacía cumplir a pie juntillas esta parte del reglamento interno, y como estaba dotada de un oído de tísico para la música además de una larga nariz de huele guiso, daba la impresión no sólo de escuchar muy bien sino hasta de oler las notas de las canciones. Por eso, seguramente, no dejaba pasar una sola desafinada ni menos la pérdida del compás.

En el buen decir de la madre Camino, aunque estuvieran afónicas o “sucedidas o en esos días”, las cantantes tenían que estar en los ensayos para aprender las cosas propias del coro, aunque sea escuchando. Total, ella sabía por experiencia, que a cantar en un coro se aprende cantando y... no había más. Un ensayo perdido era realmente un atraso para las demás. Según ella, cantar a coro, era como volar en delta para los gansos. Cada integrante debía cumplir su función. Ese era su gran secreto y su máspreciado tesoro.

El rosario, por su parte, allí en ese otro internado, era de todos los días y rezado por las tardes, antes de salir de clases. La loreada de los “ave marías” sin fin y con tonadita incluida, era conducida por la diminuta madre Consolata, que no era música como la madre Camino, pero su oído era tan fino como el de aquella. Cuando alguien cambiaba la tonada o alguna palabra, allí estaba ella para volverlas al redil, con una buena pellizcada donde hubiera gualdrapa que atornillar. La misa de los domingos a las seis de la mañana en la iglesia de La Recoleta, era obligatoria allí y se cumplía sin dudas ni murmuraciones.

En medio de esas rutinas que realmente eran tales, transcurría tanto nuestra vida como la de las vecinas de la Escuela Normal de Mujeres. Pero en nuestro internado, después del velorio del hermano Simón, que se realizó donde ahora es la “Central de Materiales Educativos” y duró dos noches y dos días enteros, parecía que todo estaba trastocado por ese halo desconocido de la muerte, pero que se siente como si estuviera viva entre nosotros en cada minuto, especialmente a altas horas de la noche, que son las horas en las que suelen caminar por este mundo los espíritus.

Ninguno de los alumnos internos comentaba nada sobre el accidente ocurrido. Eso ya se había agotado hasta la saciedad pero en voz baja durante el velorio. Sin embargo, a pesar de que todos sin excepción sentíamos que éramos bien “machos”, cada uno de nosotros llevaba consigo en el fondo mismo de su alma, un miedo no declarado a tropezarnos por alguna parte oscura del local, con la recia envergadura del hermano Simón.

Y si bien, nunca lo habíamos conocido como una persona de malos sentimientos, aunque sí poseedor de un carácter que podría calificarse de autónomo y firme, a nadie que yo sepa, le habría gustado toparse con él en cualquier recoveco del amplio local, durante la noche o a la hora que fuera, ni siquiera para echarse un rezo o para justificar la pérdida de algunos huevos de gallina de la granja.

El hermano Simón, era el ecónomo de los exiguos fondos que el Estado proporcionaba para la alimentación de los futuros maestros de ese entonces. No sólo para nosotros que lo sufríamos, sino para todo el mundo, era incomprensible el hecho de que para este propósito, que se suponía noble, el Estado aportara ocho soles por cada interno, en tanto para los otros “internos” de la cárcel de

Chontapaccha –el penal de Huacariz no se había construido todavía- aportara diez soles. A pesar de eso, el hermano Simón se las ingeniaba para conseguir alimentos de CÁRITAS y hasta de la OFASA, para completar nuestra ración, en razón de lo cual nos tenía a todos brillando de gordos al igual que él.

Como resulta obvio, la comida era austera hasta donde es posible imaginar, alimenticia y nutritiva seguramente que sí, pero sabrosa... naca la pirinaca. La sopa del almuerzo –sin entrada- era de trigor, por lo que la llamábamos “sopa tradicional” y la de la noche, era de harina de arveja, de papa seca, de sémola o simplemente de chochoca, a la que los cajabambinos llamaban cariñosamente “cushalito”.

El segundo consistía, por lo general, en un guiso con carne –pero casi sin carne- de res o de carnero, nunca de chanco. El pollo, a diferencia de ahora, en ese tiempo era un potaje desconocido y no se consumía ni a la brasa, ni en estofado, ni en cualquier otra forma. A pesar de aquello, siempre había algún postrecito: gelatina, mazamorra o un dulce de higos o duraznos secos, que acostubrábamos apostar en los partidos de fulbito o de básquet que, indefectiblemente, se jugaban desde las cinco de la tarde hasta las siete de la noche, hora en que nos íbamos a dejar todos nuestros sudores y calores en las duchas de agua fría, para llegar a la cena de las siete y media, peinados raya al costado y oliendo a jabón de pepa.

Lo bueno de todas esas comidas “franciscanas” era verificar que la dieta de los hermanos maristas, incluyendo al hermano Victorino Elorz Goicoechea: el mismísimo Director de la escuela y, al hermano Fernando Beltrán, que era bastante mentecato y al que llamábamos “Bacán” por togado y medio “fo”, era la misma que nos daban a nosotros. Esa manifestación era, por decir lo menos, la forma más efectiva de educar con el ejemplo, aunque con

ello se pusieran más trejos y gordos que nosotros, que quemábamos los carbohidratos que consumíamos practicando deportes a rabiarse todo el día, en tanto ellos llevaban una vida más sedentaria.

A las nueve y cuarenta y cinco de esa noche, sin incidentes de ninguna naturaleza, todos nos acomodamos en nuestras camas y... hubiéramos dormido de un solo tirón hasta las cinco y media de la madrugada, de no ser que, a las 12 en punto, no hubiera comenzado a sonar de un modo lastimero y triste la campana del internado. Todos, ante tal estímulo sonoro, como impelidos por un resorte y en medio de una completa oscuridad, resultamos en posición de sentados en nuestras camas, con los oídos dispuestos a seguir escuchando una nueva campanada más.

Lo que pasó con nosotros, es de presumir que ocurriera con el hermano Tacho y con don Juanito Trujillo, que dormían en cuartos cercanos, en la parte del segundo piso que quedaba entre la capilla y nuestro dormitorio común. No se sabe cómo, pero el hermano Tacho amarrando todos sus miedos en su detente, llegó hasta don Juanito alumbrándose con su linterna para ordenarle con una voz quebrada pero enérgica:

- Pero... hombre, ¿qué no oye que alguien está tocando la campana?

Don Juanito le hubiera querido contestar: ¿y por qué no se va usted mismo y lo averigua? Pero, respetuoso como era con sus superiores, más aún cuando éstos usaban sotana negra, se tragó todo lo que pensaba y le contestó en tono de pregunta de este modo:

- ¿Quién va a ser pué hermano Cecilio si no es el hermano Simón?

- ¡Cayhual!... Que hermano Simón ni la mula muerta, él estará gozando de la paz del Señor. ¡Anda y averigua qué pasa!
- Francamente hermano Tachito, allí si no me voy... aunque me castiguen después. Ese que toca es el hermano Simón. No es otro por Dios. No creo que a estas alturas, con el muertito fresco todavía, alguno de esos cangrejos –se refería a nosotros los estudiantes- se levante a tocar la campana a esta hora y todavía sin luz. Ya sabe que todas las noches cortamos la luz ...
- Pero hombre... ¿a quién le corresponde hacer esto? A usted y nadie más que a usted. Así que...usted se va a averiguar qué pasa. ¡Ahora mismo... caramba!
- He dicho que yo no me voy hermano Cecilio. Prefiero cualquier castigo por desacato, antes que me vaya a dar un mal aire y me muera...
- Que va hombre... pero como eres un cayhua sin remedio, vamos los dos. Camine usted adelante que yo le sigo.

Y se bajaron por las gradas que ahora dan a la biblioteca. Como la campana seguía sonando lúgubre y acompasadamente, desde el descanso de la grada trataron de ver cómo es que, solito, se movía el badajo, pero no pudieron ver nada, con lo que se les acrecentó el miedo hasta el límite. Pero siguieron bajando y bajando de grada en grada hasta llegar al primer piso. Luego dieron una pequeña vuelta en “U” hasta encontrarse casi debajo de la campana, que seguía sonando...

Como no podían retirar hacia otro sitio el haz de la luz de sus linternas, siguieron alumbrando el badajo que

golpeaba la campana. Y allí recién regresaron sus almas a su cuerpo, aunque el hígado comenzó a revolverseles como si hubieran comido huevo frito con palta. Atada al badajo había un hilo negro como la noche, del número 12, como el que se usa para volar cometas en agosto, jalando y jalando sin fin...

- Hombre, pero qué coño... no sé que saca usted mirándome a mí. Ande, agarre el hilo sin hacer presión para que no se dé cuenta el cangrejo que está haciendo esta chanchada y... ¡a seguir el hilo se ha dicho!

Y así lo hicieron. El seguimiento del hilo llegó hasta la cama del Sandokán que, al parecer, se había quedado dormido con la cara tapada con las sábanas y seguía jalando del hilo como en automático, pero con una risa de satisfacción de oreja a oreja dibujada en su cara, que no le duró más. Con las linternas alumbrándole directamente a los ojos se despertó de inmediato... sólo para enterarse que le esperaba un severo castigo.

Gracias a nuestros ruegos, y los de sus familiares, la sanción de expulsión se conmutó por la de un “traslado estratégico” a la Escuela Normal de Celendín... el hermano Simón, mientras tanto, ha de estar gozando de la paz de nuestro Señor allá en arriba en el cielo... o donde éste quede.

CON GARANTÍA PARA PIADOSO

El niño nació a las doce de la mañana del día viernes, justo a la hora en que los alumnos comenzaban a salir de la escuela para ir a almorzar a sus casas y regresar presurosos a sus clases, a las dos de la tarde en punto. Eran aquellos tiempos en los que el horario escolar era partido y los alumnos estudiaban siete horas cronológicas al día, de lunes a viernes, más tres horas de yapa los sábados por la mañana.

Eran esos tiempos “gloriosos” en que al sindicato de maestros, no se le había ocurrido todavía, reclamar la “hora pedagógica” como válida para su jornada laboral, ni al Ministerio de Educación reconocer una “hora” de cuarenta y cinco minutos, como derecho de los docentes, olvidando por completo los derechos de los niños, que estaban obligados a cautelar.

Eran, igualmente, esos tiempos de verdad en los que los comerciantes ambulantes no habían inventado todavía su kilo de setecientos cincuenta gramos, ni los fabricantes de lejías y jabones sus “detergentes ecológicos”, como si pudieran existir tales cosas, ni mucho menos las papitas light o las gaseosas dietéticas. Esos eran, sin lugar a dudas, tiempos verdaderos en los que las cosas se llamaban como lo que eran, sin disfrazarlas, sin mentiras y sin mensajes subliminales de ninguna índole.

En ese tiempo nació el personaje de esta historia. Y llegó a este mundo como solían llegar la mayoría de niños en

aquella época. Sin el pan bajo el sobaco pero con una canasta de mimbre -hecha con ramillas de sauce llorón de Jesús- a medio llenar con pañales de bombasí y franela blanca, camisitas de nanzú y puntas de género, también de color blanco, que había que lavar devota y amorosamente con jabón hervido “de pepa”, que se fabricaba con manteca extraída de la pepa del algodón... eran esos tiempos en que nadie podía siquiera soñar, que se fabricarían más tarde, pañales descartables.

Como solía ocurrir en todas las sociedades machistas de la época -y en las actuales, también- desde el momento mismo que el padre se enteró de la noticia del nacimiento de su hijo varón, comenzó a celebrar con el licor que estuviera más a la mano o al alcance de su bolsillo. Celebró el viernes a partir de las doce de la mañana, celebró el sábado y celebró, con el cuerpo ya bastante maltrecho, el domingo todo el día. El lunes recién a las siete de la mañana, curó cuerpo con su vecino y se marchó rumbo a su chamba.

El padre dichoso de este recién nacido era un virtuoso hojalatero, fabricante de jeringas para el carnaval, amén de poncheras, candiles, cucharones de comerciante de abarrotes, tinas de lavar y baldes para recoger agua, así como, de canaletas para los techos. Tenía su taller por allí donde ahora se intersecan las calles Los Gladiolos y Los Juncos.

Al fondo, en lo que ahora es más allacito no más, el local del Hospital de la Sanidad de la Policía todavía no existía, del mismo modo que tampoco había el Mercadillo, ni mucho menos las calles de las cercanías, tomadas por asalto por los ambulantes desde hace más de treinta años, debido a la sencilla razón de que la mayor parte de esos espacios eran “pampa” y, estaban cubiertos de sembríos de maíz, cebada, trigo o papas, cuando las lluvias lo hicieran

posible o cuando el turno de riego con el agua del río Racras así lo facilitara, que entonces discurría por esos predios “libre como el viento”, sin pelos de cuy ni plumas de gallina, ni mucho menos “marineros” o envases de plástico, navegando por sus aguas limpias y cantarinas.

Así... en medio de esa rutina doméstica que siguió al nacimiento del niño, transcurrieron siete meses en los que, al recién nacido, el padre no había cuándo le ponga un nombre, a desdén de que la madre, con su compasión y amor infinitos, sin pérdida de tiempo y desde el momento mismo de su nacimiento, comenzara a llamarle cariñosamente “Serapito”, según decía, porque lo veía igualito a su abuelo Serapio. Pero el padre del muchacho, mientras tanto, tercamente no quería aceptar tal nombre y posponía la fecha de bautizarlo una y otra vez.

Como dicen que “no hay plazo que no se cumpla” y que “a todo chancho le llega su San Martín”, uno de esos días en que el padre del niño otra vez estuvo chispeado y, ante tanta presión de la familia, decidió irse con el muchacho, la madre, el compadre y la comadre más cercanos a su casa, hasta la parroquia de San Pedro para que el padre Lorenzo Vigo lo bautizara de una vez por todas. Cuando su esposa le preguntó:

- ¿Y... ya sabes acaso qué nombre le vas a poner? –él, muy orondo y suelto de huesos le contestó-
- Se llamará Serapio, igual que tu anuelo. ¿Acaso no vienes llamándolo de ese modo desde que nació?

Era verdad. El niño volteaba la cabeza vivazmente y con alegría, para buscar con su mirada traviesa de choloque, a todo aquel que le estuviera llamando en ese momento como “Serapito”. El asunto era que nadie le decía Serapio a secas, pero como el nombre era ese y no su diminutivo,

que más allá de su acepción literal podía significar cualquier otra cosa motivo de chiste, no había más que bautizarlo como Serapio, a secas, como al mujeriego de su abuelo.

Con esa decisión tomada, llegaron presurosos y suda que te suda porque se fueron caminando, hasta la Iglesia de San Pedro que, en aquel entonces, no era más que la capilla que hasta ahora existe como tal, a un costado del cómodo, espacioso y moderno templo que con “sudor y lágrimas”, además de todas las limosnas juntas, construyera para la posteridad con la ayuda de sus piscorotas, el padre Lorenzo Vigo.

Tan pronto llamaron a la puerta de la sacristía, apareció el padre Lorenzo enfundado en su negra sotana de costumbre. Todavía no les había llegado a los curas la moda de usar terno ni ropa casual. Todos, sin excepción eran curas de sotana, aunque con pantalón debajo, para esgrimirlo cada vez que los amigos de confianza les hicieran bromas acerca de su hombría, confundiendo a propósito la sotana con la falda de las mujeres.

Cómo los recién llegados estaban en comitiva especial, sin necesidad de preguntar nada, supo que lo que querían era un bautizo “urgente”, no porque el muchacho estuviera de muerte o en las últimas, como solía ocurrir por lo general, porque el niño parecía a todas luces saludable y vivaracho, sino porque conocía por experiencia –aunque esta no fuera mucha para él en esa fecha- que existían algunos papás a los que había que hacer que bauticen a sus hijos cuando se presentara tal coyuntura, antes de que se desanimen y no lleguen a bautizarlos nunca jamás, como a veces también solía ocurrir.

Realizados los petitorios de rigor, las presentaciones de los padres, de los padrinos y del bautizando mismo, el padre

Lorenzo sin prólogos ni prefacios de ninguna naturaleza, preguntó al progenitor del niño:

- ¿Y qué nombre han pensado ponerle a esta criatura?
- Bueno padrecito –dijo el papá del niño, que todavía seguía chispeado- desde que nació el muchacho, su madre no ha cesado en llamarle “Serapito por acá y Serapito para allá”, según dice, porque se parece como una gota de agua a otra, al abuelo Serapio de ella. Y... aunque yo vea que no se le parece más que en las orejas, este hijo se llamará Serapio como el abuelo de mi mujer.

El cura Lorenzo Vigo sin ser shilico -porque es asuncionero piquiento de pura cepa- comenzó a “reparar” al muchacho de cabo a rabo sin decir palabra ni hacer comentario alguno, hasta que, como jugar a dejar que el agua bendita discurriera entre sus dedos, le escucharon reflexionar en voz alta:

- Y este niño... ¿será pío o no será pío?... ¿será pío o no será pío?...

Mortificado el progenitor del niño, pensando que el cura le iba a hacer larga y que, de repente, les iba a aventar un sermón de padre y señor mío, le cortó bruscamente el hilo de sus pensamientos diciéndole:

- Ya... ya... padrecito, no vaya a hacerla larga. Que se llame Pío como usted dice y sanseacabó. Éche de una vez el agüita bendita a la frentecita del muchacho y que se llame PÍO como usted quiere. Así no habrá forma en que le digan “será pito”, ni mucho menos “Piito”, que ninguna de esas dos formas me gustan para la maldita cosa. Y... apúrese pué padrecito, que ya me tengo que ir

a celebrar el acontecimiento con mi compadrito, como Dios manda.

Y... así es como Pio Campos Palacios, más allá de los alcances semánticos o sintácticos del nombre adquirido en la pila bautismal, llegó a ser el hombre pío, bien hablado, carismático, chambero, empeñoso, leal -recontra fiel a su Marujita, sin llegar al límite de ser saco largo- y, por añadidura, honesto hasta la médula y el suelo que pisa, incluso cuando vende su vino “Cristo de la Roca” curadito con pisco y azúcar blanca, cada vez que amenaza torcerse y convertirse en vinagre, allá en su casa, detrás del Hospital Regional de Salud, de esta nuestra querida Cajamarca.

EL CURA SIN CABEZA

Allá por los primeros meses del año de mil novecientos cincuenta y cinco, mi madre, que a la postre vivía en Cajamarca, terminó por convencer a mi abuela, mediante una serie de cartas que se cursaron por correo durante todo el año anterior -o quién sabe, desde mucho más antes- de que aceptara que yo, su hijo mayor, viajara desde la Ochora, el pueblo de la selva donde vivía con mi abuela, para estudiar lo que me faltaba todavía, junto a ella en Cajamarca.

En cumplimiento de ese acuerdo, mi abuela tuvo que vender para comprarme el pasaje en avión de Moyobamba a Trujillo, uno de los chanchos que criaba y que yo le ayudaba responsablemente a engordar -por haberme ella asignado esa obligación- dándoles de comer por las mañanas antes de ir a la escuela, y por las tardes después de salir de ella, una lata repleta de plátanos verdes sancochados -inguiris- con cáscara y todo, junto con lo que pudiera sobrar de las comidas diarias en la casa.

Luego, tuvo que ir a coordinar con mi padre, que era profesor de Historia y Geografía en el Colegio “Serafin Filomeno” de Moyobamba, para obtener la autorización respectiva tanto de él como la del juez, que me permitiera hacer el viaje siendo menor de edad. Mi padre no puso ningún reparo para que yo viniera a vivir con mi madre, y

cumplió el cometido de gestionar el permiso del juez tan pronto se lo pidió mi abuela. Además, se dignó contratar con la debida antelación -como se acostumbraba, debido a la excesiva demanda- mi pasaje en avión, así como, de conseguirme un saco de casimir color lechuza, tipo escocés a cuadritos, para abrigarme en el frío de Cajamarca.

Me encaramé al avión, el último domingo de marzo, a eso de las once y media de la mañana, después de un par de horas de espera en el aeropuerto y de un viaje de tres horas a pié, de la Ochora a Moyobamba. A despedirme – como si se tratar de un gran personaje- vinieron en comitiva desde la Ochora, mi abuela, montada en el “Ruso”, el caballo rojo que teníamos en la familia, mis tíos Reynerio, Demetrio y Caleb, así como Zuñilde la empleada doméstica de la casa.

Mi padre, por su parte, ya nos estuvo esperando esa mañana en el aeropuerto, junto con un señor de bigote al que él había pedido me acompañara y cuidara durante el tiempo que durara el vuelo en avión, ya que en Trujillo me estaría esperando mi tío Arturo Escalante.

El viaje de Moyobamba a Trujillo duraba hora y media y se hacía, por aquel entonces, en unos aviones cuatrimotores “Douglas”, de color plateado y naranja, que decían que habían servido en la segunda guerra mundial y que la empresa aérea “Faucett” había adquirido para implementar su flota de transporte de pasajeros de la selva a la costa.

Además del ruido ensordecedor producido por los cuatro motores del avión, del que intentábamos protegernos tapándonos los oídos con algodones, tan pronto éste alzaba vuelo y comenzaba a internarse en la sierra, era usual que los pasajeros sintamos que el bendito avión se caía a plomo, en cada uno de los vacíos dejados por los bolsones

de aire caliente que normalmente suelen elevarse a la parte alta de la atmósfera.

Después de tantos baches, nadie pudo librarse del mareo y de los vómitos subsiguientes. Para ese fin, en la parte posterior de cada asiento, había una bolsa de papel glupac -las de plástico todavía no existían- en la cual el pasajero tenía que devolver lo que había comido antes del viaje.

De lo que ningún pasajero podía librarse era del dolor de cabeza producto del soroche que a todos nos afectaba y, en algunos casos, de la sordera transitoria o del dolor de oídos producido, no se sabe si por los cambios de la presión atmosférica o por el ruido de los enormes motores del avión.

Con el cuerpo maltrecho por las arcadas y la cara más amarilla que calzón de año nuevo, tan pronto el avión aterrizó en el aeropuerto de Huanchaco, en Trujillo, tuve que bajarme medio mareado todavía. Para mi suerte, porque de otra forma habría tenido que contratar un taxi, lo cual no sabía cómo hacer, allí en el aeropuerto estaba esperándome mis tíos Arturo Escalante y Chepita Tejada -hermano y cuñada de mi abuelita, respectivamente- junto con su hija Noemí y el esposo de ésta, en un Chevrolet negro que yo encontré maravilloso.

Durante el viaje de retorno del aeropuerto a Trujillo, el aire caliente del verano y la brisa marina con olor a mariscos, que nos llegaba a raudales desde las plácidas playas del mar de Huanchaquito, por las ventanas abiertas del Chevrolet, en menos que canta un gallo lograron reanimarme, no antes de que mi tío Arturo intentara contentarme de todas mis desventuras del viaje en avión, explicándome que, a veces, el viaje es más accidentado todavía y que, en esos casos, poco falta para que uno termine vomitándose las tripas.

En medio de burlas y risas, todas originadas por mi tonadita charapa al hablar –de las que ellos se habían librado a medias- y de las cosas que les pasan a los recién llegados a la costa, arribamos al jirón Francisco de Zela en el barrio de Chicago, en donde mi tío Arturo vivía en una casa alquilada y donde, según lo convenido, debía esperar al esposo de mi madre, quien tenía que llevarme de allí hasta Cajamarca, al día siguiente. Don Gonzalo Cabanillas –al que yo le decía tío porque era mi tío- esposo de mi madre y puntual como un reloj, llegó a eso de las siete de la noche en una flamante camioneta cerrada, ñata, de color verde y con asientos originales para dieciséis pasajeros, de marca Mercedes Benz.

Después de los saludos acostumbrados –pero sin los “besitos que no son besitos” de ahora- a todos los de la casa de mi tío Arturo, sentados en los muebles de la sala conversaron un buen rato, pero cuando manifestó que era hora de que recogiera las cositas que había traído de Moyobamba para irnos al cuarto donde él pernoctaba en Trujillo, Mimi, la hija de mi tío Arturo le pidió que, primero, nos diera una vuelteita por la playa, “para que este charapita orine en el mar”, dijo, refiriéndose a mí.

Fuimos a la playa de Buenos Aires en la camioneta verde y azul de la Empresa “Díaz” que él tenía a su cargo. Allí, por ser yo el único menor de edad, me dieron una gaseosa “gasolina” Cassinelly, cuyo sabor no fue de mi agrado, y ellos se tomaron seis cervezas heladas marca Pilsen Trujillo, según decían, para festejar mi llegada, luego de lo cual regresamos a Trujillo.

Serían las once de la noche cuando llegamos a la casa de Zela, donde tenía que recoger mis cosas, pero ante la insistencia de mi tío Arturo, mi padre político aceptó que yo durmiera esa noche con ellos, debiendo -eso sí lo aclaró

muy bien- recogerme antes de las seis de la mañana para viajar a Cajamarca a las siete en punto, que era la hora de partida establecida por la empresa. Para mí, esa solución fue la ideal, porque a los familiares de mi tío Arturo los conocía desde Moyobamba, en tanto mi padre político me era desconocido todavía.

La travesía de Trujillo a Cajamarca, fue maravillosa. Verificar la existencia de cañaverales que no tenían fin entre Chicama y Payján, o de dunas en el desierto que hay entre este pueblo y San Pedro de Lloc, así como: sentir el olor del mar, comprobar que todas las viviendas carecían de techo, en fin, observar en vivo y en directo –y no sólo en fotografías- la vegetación típica de la chala y todo lo demás que ofrece el paisaje costero, fue lo más excitante para mí.

Sobre eso, el desayuno en el Restaurante “Chamorro” de Pacasmayo, con yucas sancochadas y suco frito -recién sacado del mar-, fue una delicia para mi paladar que se completó aún más cuando, en lugar de café, pude elegir una Bidú para asentarle la deliciosa comida.

Después de Pacasmayo había que enrumbar, todavía por pista asfaltada, hacia Tembladera, teniendo siempre al río Jequetepeque a nuestra derecha. De allí en adelante, especialmente en el tramo hasta Chilete, la carretera era sólo afirmada y el tránsito la había convertido en un enlaminado de los mil diablos, en razón de lo cual el viaje se hacía en medio de brincos inacabables y de nubes enormes de polvo que nos seguían con una porfía inusitada hasta enharinarnos como pescados para freír y que, después, terminaban asentándose en las faldas de los cerros de por allí, para darles ese aspecto de aridez que les caracteriza.

Sin embargo, el río que discurría un poco turbio por la época –algunas veces a la derecha y otras a la izquierda-

no nos abandonó sino hasta cuando hubo que subir la gradiente natural que nos llevaría hasta el abra del Gavilán, después de pasar Chilete –hornito donde se almorzaba suda que te suda, pato estofado con arroz y arveja sanpablina- Magdalena, las curvas de Corpancho y San Juan.

Llegar a Cajamarca a eso de las cinco de la tarde, después de la miseria de ocho horas de viaje, fue otro acontecimiento inusual hasta entonces para mí. Llovía y hacía un frío seco que nunca antes había sentido.

La empresa “Díaz” por su parte, tenía en aquel tiempo su oficina para embarque y desembarque de pasajeros, venta de pasajes y recepción y entrega de encomiendas, en un ambiente del antiguo Hotel Sucre, con puerta a la calle, ubicado en la misma esquina de Amalia Puga y Ayacucho, casi frente a la Comisaría de la Guardia Civil, en donde estaban esperándome en comitiva especial mi madre, mi tío Caleb y mis tres hermanos menores: Dora, Lucho y Celina, junto con mi prima Rosa, con quien, diez años más tarde, contrajera matrimonio.

De Moyobamba, mi abuela me había enviado bien apertrechado con sendos paquetes de plátanos, juanes, chopes, mani tostado -confitado y en crema- mermelada de papaya y no sé que cosas más, de todo lo cual, una parte dejé en la casa de mi tío Arturo, en Trujillo. Cómo todos los integrantes de la comitiva especial que fue a esperarme a la oficina de la “Díaz”, sabía lo que traía conmigo, a las quitadas me ayudaron a llevar mi equipaje hasta la casa donde mi madre vivía, que quedaba en la primera cuadra del jirón El Inca y donde abrirían los paquetes para ver qué cosas había yo traído de la selva.

La lluvia seguía cayendo y en tales circunstancias, comencé a tener más frío, por lo que tan pronto llegamos a

la casa, busqué entre las cosas que la comitiva de recepción había desparramado y despanzurrado por toda la sala, el famoso saco lechuza que mi padre me había dado para este fin y me lo puse sin trámites de ninguna índole. Qué alivio sentí. La camisita manga corta con la que había venido desde la selva, a eso de las siete de la noche, en Cajamarca ya no me servía para nada.

Esa noche en el cine “Aurora”, que funcionaba todavía en el jirón Apurímac, se estaba pasando la película “Tizoc”, protagonizada con una autenticidad única por el actor Pedro Infante. Mi madre, a pesar de ser gran admiradora del artista mejicano, como seguramente lo eran la mayoría de mujeres de aquel tiempo, todavía no había visto la película y aún cuando ella no pudiera ir, la llegada de su hijo constituía una ocasión que ni pintada, serviría para sacarle sin mucha dificultad el permiso y los boletos para ir a ver la película, que todos decían que estaba buenaza.

Y eso fue justamente lo que aprovecharon mis hermanos. Hechas las argumentaciones por mi hermana Dora -que tenía una habilidad de litigante de juzgado de primera instancia para esas cosas- de que por mi llegada merecíamos ir al cine en la función de vermouth, cada uno de nosotros obtuvo dos soles de propina, que alcanzaba para una entrada a lateral, que insumía la friolera de un sol con sesenta centavos, pero que nos dejaba un vuelto de cuarenta para comprar si queríamos, dos bolsitas de canchita, dos papitas rellenas, cuatro paquetes de melcochitas o de maní confitado, o dos manzanas coloradas recubiertas de caramelo.

Así que, ni bien recibimos el dinero y a pesar de que llovía a cántaros, como es natural que eso ocurra en el mes de marzo, resultamos todos bien sentados en las butacas de madera de lateral del cine “Aurora” donde vimos “Tizoc”.

Cuando salimos del cine ya no llovía, pero las calles estaban convertidas en verdaderos ríos y al cruzarlas nos mojamos los zapatos, por eso, cuando llegamos a nuestra casa, aún cuando estuvimos con las patas frías y entumidas, rebozábamos de una felicidad inenarrable.

La película nos pareció buenaza. Ver a Pedro Infante dando saltitos mostrencos al cantar “virgencita ya estoy aquí, no ti vayas a incomodar”... nos pareció fenomenal, pero ir a la cama fue otra experiencia rarísima para mí. Las sábanas parecían mojadas y eso se lo dije a mi madre, que me preparó unas botellas con agua caliente para abrigo, ante las protestas de mis hermanos que reclamaban lo mismo, explicándome luego que, al comienzo, así se sentía a la cama en la sierra y que me acostumbraría pronto.

Mi madre me consiguió matrícula para el 5° año de primaria en la Escuela 123, que era centro de aplicación de la Escuela Normal, a pesar de que ya era fines de marzo y la matrículas estaba cerrada para dicho grado, gracias a la ayuda de su primo Alfredo Montoya que era profesor allí.

Allí estudié el quinto año –en ese tiempo no había sexto grado, pero igual, la primaria se hacía en 6 años, porque había transición en lugar de primer grado- en medio de la chacota y de las risas de mis compañeros de clase y del profesor de aula –que era casi de mi tamaño- por la tonadita charapa al hablar que había traído conmigo desde la selva y que se resistía a abandonarme.

Allí en la escuela, en tanto yo les contaba a mis compañeros las historias del “Chullachaqui”, del “Tunchi”, del “Ayahuasca”, del “Ayaymama” o del “Achuni Ullu”, entre otras, que yo al comienzo no sabía por qué les producía tanta risa –después supe que lo que les hacía reír era mi tonada para contar los cuentos- ellos me contaron las historias del “Ayaypuma”, de la “Pampa de la Culebra”,

del “Cura sin Cabeza” o de la “Viuda”, que para mí también se narraban con tonada serrana pero que, para ellos, era límpida y diáfana lingüísticamente hablando.

De todas las historias que intercambiamos en la escuela, la que me impresionó excepcionalmente fue la del “Cura sin Cabeza”, porque esa no me la sabía y porque me habían dicho que éste se aparecía en las escaleras de las casas, en los balcones abandonados o en las calles oscuras de la ciudad, especialmente en aquellas donde alguna mujer tenía amoríos con un cura.

Resulta que todas las calles de Cajamarca, en ese tiempo, eran oscuras a más no poder. Tanto de los postes del alumbrado público, como de los cordones de luz torcidos de a dos y forrados con una tela parecida al tocuyo pero con pintitas rojas y azules de las instalaciones eléctricas domiciliarias, pendían opacas y titilantes rojas berenjenas -en lugar de relucientes luminarias como habría de esperarse- que recién se convertían en focos de verdad a eso de las doce de la noche, cuando ya nadie las necesitaba.

Igualmente y sólo por simple coincidencia, daba la casualidad que a la primera cuadra del Jirón El Inca -donde vivíamos- todos los domingos a la hora que comenzaba a hacerse de noche, después de celebrar la misa y bautizar a un montón de moros, llegaba el párroco de San Pablo montado en una mula negra y ataviado con sombrero shilico, poncho de jebe para el aguacero y espuelas de plata, según decían, para chalanear como Dios manda a la mula.

Para todos los ratones que vivíamos en la primera cuadra del jirón El Inca, tales llegadas del cura eran espectaculares y hasta cinematográficas, más aún, si dentro de nuestra fructífera, tierna y calenturienta

imaginación, se aderezaban al hilo, mil y una de esas historias fantasmagóricas y alucinantes de amoríos de mujeres con curas, en las que ellas se convertían en mulas todas los viernes en las noches de luna llena, para salir botando espuma por la boca chalaneadas por el mismo diablo.

Sin embargo, más allá de esas historias inverosímiles de las que están plagadas las cabezas de los niños, nuestra ingenua e irrespetuosa curiosidad nos hacía descubrir, no sólo que los curas usan pantalón debajo de su sotana, sino que este cura en particular, llegaba con la parte inferior de ella -esa que se parece a maxifalda- enrollada a su cintura, en la forma que lo hacen las adolescentes, cuando una regla no avisada les tiñe de escarlata no sólo los calzones sino hasta el pantalón trinquete, hecho que lográbamos verificar sólo en el momento en que se apeaba del animal, porque luego se sacudía el polvo del camino de los hombros y se desarrugaba el faldón con enérgicas palmadas, para ingresar a la casa de su amada ni más ni menos que con la dignidad de un obispo.

Así... en ese ambiente amenazado por la presencia imaginaria del “Cura sin Cabeza” y de otras almas en pena y fantasmas, a mi hermano menor, al que llamábamos Lucho “Cacaín” porque solía referirse a los tallarines -a los que no quería ver ni en fotografía, menos frente a él en su plato de comida- de ese modo, se le dio por querer ser obispo, de frente y por la directa, sin pasar por seminarista, por párroco de pueblo y por monseñor.

Fiel a esta inusitada vocación religiosa, cimentada en un seseo medio raro al hablar, debido a que sus muelas eran tan ralas como las de un cocodrilo, pero que él suponía que era propia de cuna española, Lucho “Cacaín” se dedicó a celebrar “misas” donde pudiera y cada vez que la ocasión lo hiciera posible, para lo cual se vestía como debe ser,

utilizando el fustán de blondas de nuestra madre y la chalina de su padre, que la colocaba alrededor de su cuello y hacía que cuelgue por la parte delantera del fustán que usaba como túnica. Además, no se sabe cómo, conseguía velas para todas sus “acólitas”, feligresas y cantantes de su coro celestial.

En una de esas en que mi madre no le permitió celebrar misa en nuestra casa del jirón El Inca N° 15, porque justamente allí en ese momento se hallaba de visita la tía Lola, se puso a llorar y hacer tanto escándalo que, compadecida por sus lágrimas o porque no siguiera haciendo más escándalo y bulla, ésta le dio las llaves de su casa y le autorizó para que hiciera su misa allá, que quedaba en segundo piso siete puertas más abajo de donde nosotros vivíamos, indicándole que allí nadie le molestaría porque en ese momento estaba completamente vacía y que además, para que haga su procesión, tendría de yapa también en calidad de disponibles, todas las gradas de la escalera.

Con la llave en mano, el cura “Cacaín” seguido de sus acólitas: Rosa, Dora, Celina -sus hermanas- y de Ethel, Nora, Eugenia, Alicia y Homero, de la casa de al lado -hijas de la tía Eufemia- enrumbaron sus pasos hacia la casa de la tía Lola, que serviría de “iglesia” para realizar el ritual religioso que él acostumbraba hacer con todas las ceremonias del caso.

La “misa” terminó justo cuando las berenjenas del alumbrado público de la calle se habían prendido y todos se aprestaban para la procesión. El único foco -que igual parecía una berenjena a esa hora- que alumbraba la escalera, también titilaba con sus llamita rojiza. Como a mí no me hicieron participar en esa ceremonia religiosa, estuve por allí sentado en una de las gradas de la escalera,

sin saber qué hacer... hasta que se me ocurrió jugarles la broma de asustarles con el “Cura sin Cabeza”.

Como alma en pena salí corriendo a nuestra casa del número quince a conseguir una sábana blanca, que traje conmigo debajo del sobaco. Trepé las gradas de madera de la escalera, hasta la mitad, sin hacer ruido, y allí me escondí cubriéndome con la sábana, en una abertura formada en la pared de adobe por una puerta que había sido clausurada para independizar el segundo piso, mientras escuchaba que la procesión venía desde la sala, con una silla forrada con un trapo granate que hacía de anda y que era cargada en hombros por cuatro acólitas, seguida de otros tantos con vela encendida en mano y con el cura “Cacaín” a la cabeza.

Los integrantes de la procesión tan entusiasmados estaban con la celebración del ritual, que bajaron más de la mitad de las gradas sin percatarse de que yo estaba escondido en el agujero de la puerta sellada. Ya estaba arrepintiéndome de jugarles la broma, cuando el diablo que todos tenemos dentro, me hizo que, al mismo tiempo que salía envuelto en la sábana del agujero de la puerta les gritara estentóreamente:

- ¡El Cuuuuura sin Cabezaaaaa....!

Todos los acólitos y el mismo cura “Cacaín”, al oír tal grito, voltearon a ver qué pasaba, como impelidos por un resorte. Seguramente que sólo vieron lo que querían ver: un fantasma que bajaba las gradas cubierto de una túnica blanca y con los brazos en alto.

Sin trámites de ninguna naturaleza y sin conmiseración del cura, en estampida, todas se mandaron cambiar para ponerse a buen recaudo. Sólo el cura se había quedado... tirado en las últimas gradas... con el fustán y demás

atuendos en posición de repollo volteado recién cosechado
y... especialmente... ¡meado hasta las orejas, por el susto!

GONSHITA...

¡DEVUÉLVEME MI RELOJ!

Gonshita, como así solían llamarle mis hijos, era un fumador empedernido y de marca mayor. Sólo en las épocas en que trabajaba como decano de los choferes de los buses de la “Díaz” -empresa que hasta el año de 1990, más o menos, transportaba pasajeros desde las ciudades de Trujillo y Chiclayo, hacia las de Cajamarca, Celendín, Cajabamba y Bambamarca, y viceversa- se fumaba dos cajetillas de “chesterfield’s” al hilo, sólo en un viaje de Cajamarca a Trujillo, bajo la displicente complacencia de sus pasajeros, que jamás pudieron determinar a ciencia cierta de donde salía más humo: si desde el tubo de escape de los “Volvo” petroleros que él manejaba o, desde las chimeneas en las que había convertido a su boca y sus fosas nasales.

Borradito de la cara, por culpa del rebelde acné que le aquejara en la adolescencia y, sobre todo, a causa de las incansables jornadas para esprimirse las espinillas frente al espejo, Gonshita era, por lo demás, de piel trigueña, de contextura delgada y de regular estatura. No se sabe si por su hábito de fumar o por su personalidad cancina, era muy eticoso para comer y sus zapatos solían durarle mil años.

Y es que... siempre anduvo en carro y las veces que tuvo que caminar a pié, cuando los tramos eran muy cortos, lo hacía con la camisa reluciente de limpia -como en la

propaganda televisiva del “detergente ecológico” Magia Blanca- y el cuello almidonado, así como, con los zapatos brillando como espejos sin necesidad de haber sido confeccionados con cuero de charol.

De ojos algo grandes para el tamaño de su rostro, pero verdes como el color de las cachaminas del río Jequetepeque, por cuyas riveras pasara infinidad de veces en sus viajes de rutina con la “Díaz”, tanto de subida a la sierra como de bajada a la costa, Gonshita solía llegar a la casa siempre con una bolsa de bizcochos trujillanos, un kingkóng de Lambayeque, un costalillo de mangos de Tembladera o una docena de maméis de Magdalena, cuando viajaba a la costa, y si viajaba a Bambamarca o Celendín, llegaba con un buen queso chugurano bajo el sobaco o con un molde de chocolate y dos varas de chorizo shilicos, envueltos en papel glupac de bolsa azúcar, formando un atadito amarrado en cruz con un pabilo.

Por eso, cuando éramos niños y dejando un día, nos encantaba ir a esperar su llegada en el taller de la empresa, que quedaba más arribita de la panadería de doña Peregrina y de la tienda de la señora Zavala, es decir, cerca de la intersección de los jirones Amalia Puga y Cinco Esquinas, en lo que antes fuera también taller de la antigua empresa de transportes “Sáenz”, ya desaparecida de la faz cajamarquina hacía algún tiempo.

A ese taller nos íbamos cuando ya se nos había hecho de noche por jugar sin cuenta de la hora en el jirón El Inca donde vivíamos y, ya no nos era posible ir hasta la plaza de armas donde la “Díaz” dejaba sus pasajeros en la oficina que para ese fin tenía. Más antes, nos contaba el Gonshita, que esta oficina había estado ubicada al frente de la Comisaría de la Guardia Civil, en la plazuela Amalia Puga, en un cuarto del primer “Hotel Sucre” que hubo en

Cajamarca, de propiedad de don Aristides Camacho, huauqueño de nacimiento.

Tantos viajes realizó el Gonshita en los buses de la “Díaz”, muchas de las veces sin descansar ni alimentarse como debiera -sólo fumando sus dos cajetillas diarias de cigarros “Chesterfield”- que comenzó a hacerse viejo sin todavía serlo de verdad.

En algunos de sus viajes, trepando las interminables curvas de “El Gavilán” o en la recta sin fin que hay entre San Pedro de LLoc y Paiján, le comenzaron a sobrevenir hemorragias nasales incontenibles, que sólo paraban con una ampolleta de Kavitín y con inmensos tapones en la nariz, que le tenían que aplicar de emergencia, sea en el Hospital Regional de Cajamarca o en el Hospital de Chocope, con los pasajeros casi a morir de la preocupación, esperando en el ómnibus.

Para esa época, su primo el “coche bravo” Arturo Díaz (así le llamaban los choferes, chulíos, empleados y sus paisanos de Huacapampa) y uno de los dos propietarios de la empresa, se había convertido en el único representante en Cajamarca de los automóviles “Toyota” y, en el único distribuidor de los repuestos correspondientes, sin saber ni jota acerca de lo que sería instituir un monopolio en una economía globalizada de la actualidad (cosa que ha de saber muy bien -en teoría- su hijo César, economista de profesión) que administraba paralelamente al negocio de venta de pasajes y transporte de pasajeros, que tenía como su rubro principal de gerencia.

Gonshita, antes de trasladarse de Tarma a Cajamarca - junto con los dos “coches” Díaz: Arturo y Sebastián- trabajaba en ese lugar como chofer de la Empresa “González”, que hacía servicio desde esa ciudad hasta Lima. Con sus primos Arturo y Sebastián, se había

reconocido como pariente, sin duda alguna no muy lejano, porque en Huacapampa, todos sin excepción, resultan siendo familiares cercanos.

En este caso, lo fueron aún más, porque habían llegado a determinar su parentesco entre copa y copa, y entre una y otra pachamanca, pero; sobre todo, después de ejecutar intrincados procesos genealógicos, con los cuales llegaron a la certeza que sus ancestros habían sido “hijos de dos hermanos”.

En razón del anotado parentesco, pero por sobre todas las cosas, por su honrada honestidad hasta el cansancio y su responsabilidad a toda prueba, en la empresa “Díaz” el Gonshita había tenido siempre, algunos privilegios que los otros choferes no tenían.

A él, por ejemplo, no le controlaban rigurosamente las cutras de los intermedios, como hacían con los demás por exagerados, y acostumbraban darle los carros que recién se adquirían, para que “los amanse”, al igual que se hace con los zapatos nuevos, para luego de un tiempo, cuando se compraran otro vehículo nuevo, pasarle ese carro al chofer que le siguiera en antigüedad.

Este ritual se originó con las dos primeras camionetas de 18 pasajeros marca “Ford”, con los que la “Díaz” inició el servicio de Trujillo a Cajamarca, sólo que en esa ocasión, una de las camionetas la tuvo que manejar el mismísimo “coche bravo” Arturo, que en ese tiempo no sería ni tan coche ni tan bravo.

Luego, conforme el negocio crecía como la espuma, se compraron una por una, para que a su turno el Gonshita se encargara de amansarlos, dos minibuses marca Mercedes Benz para este mismo servicio, y con las camionetas anteriores, se abrió la ruta de Cajamarca a

Celendín, que les significó gran éxito y su consolidación empresarial.

Después, ante la reiterada gestión de sus alcaldes y de los vecinos notables de esos lugares, se abrieron los servicios a Bambamarca -que después se prolongó hasta Chota- y a Cajabamba. El servicio a este último lugar, permitió ofrecer un transporte fluido de pasajeros a las localidades de Namora, Matara, San Marcos, Ichocán, Chancay y el próspero valle del Condebamba.

A esas alturas de su desarrollo, la empresita “Díaz”, que se iniciara con dos góndolitas de Trujillo a Cajamarca, tenía ahora una flota menor a 80 buses Volvo, en perfecto estado de funcionamiento.

Por supuesto, y eso nadie lo podría negar hasta la fecha, en la consolidación y engrandecimiento de la Empresa Díaz, el Gonshita dejó más que el sudor de su rostro, porque además de fundador, fueron muchos años de hacer incontables viajes de ida en el día y de voltear por la noche, al comienzo incluso sin copiloto, sin tregua ni descanso.

Por todo eso, cuando al Gonshita la presión arterial se le subía hasta el cielo por quitame esta paja, y su único desfogue eran las hemorragias nasales que le impedían manejar los buses, su primo: el “coche bravo”, le ofreció la posibilidad de dejar de vivir como nómades y convertirse en sedentario, asumiendo la jefatura del taller de mantenimiento de sus vehículos, que para ese tiempo la empresa había adquirido en la Colmena Baja, en lo que ahora es el jirón Miguel Grau, en donde estuvo trabajando el tiempo necesario como para pensar en pedir su jubilación.

Eso hizo después de algunos años para comprar, con el dinero de su compensatoria por tiempo de servicios, más

un préstamo obtenido en la Cooperativa San Pio X, su poderoso “Ford Custom” de color concha de vino, con el cual trabajó cerca de diez años seguidos. La compra del auto la tuvo que realizar en la Casa Miloslavich de Tarma, donde le aceptaron cancelar en 10 letras, el saldo que le quedó después de pagar una inicial de ochenta mil soles de ese tiempo.

Después de trasladar personalmente el poderoso ocho cilindros a Cajamarca y, sobre la base de una adecuada medicación para controlar su hipertensión, Gonshita ingresó a trabajar como socio y conductor de su propio vehículo, al comité de autos “Cajamarca Express” que por aquellos tiempos, cubría la ruta Cajamarca – Trujillo mediante un servicio rápido de automóviles que, para ese propósito, tenían que ser nuevos.

Estando Gonshita de conductor de su propio vehículo en el comité de autos “Cajamarca Express”, yo trabajaba como profesor en el pueblito de Monte Grande, hoy bajo las aguas de la represa Gallito Ciego y, en ese tiempo, con la carretera asfaltada de Pacasmayo a Tembladera travesándolo de medio a medio.

Por ese detalle, ya sea de bajada a la costa o de subida a la sierra, Gonshita acostumbraba hacer un alto en su itinerario y después de cuadrar su automóvil a un lado de la pista, junto a la casa donde vivía con mi esposa en Monte Grande, se las ingeniaba para visitarnos y engreír a los tres hijos que en ese tiempo ya teníamos, a los que él quería como si fueran sus nietos.

Ni yo ni mi esposa éramos hijos de él. Nuestra inigualable familiaridad devenía del hecho de haber contraído matrimonio, apenas al terminar mis estudios de pedagogía en Cajamarca, con su sobrina Rosa, a la que conjuntamente con mi madre, criaron desde nacida al

haberse quedado huérfana de padre. La madre de mi esposa era hermana, de padre y madre de Gonshita y había contraído nuevo matrimonio al quedarse viuda.

Mi madre, por su parte, me tuvo a los 18 años de edad, cuando cursaba el tercero de secundaria, causa por la cual, uno de mis tíos maternos, la deportó a Lima, quedándome yo con mi abuelita Isolina, que me cuidó y educó hasta los doce años fecha en que vine a Cajamarca al poder de mi madre. Presumiblemente, a eso se debía, que el Gonshita quisiera tanto a mis hijos, ya que los consideraba doblemente sus nietos. A mi esposa la habían criado él y mi madre y, a mí, terminaron de criarme ambos.

Cuando por fin logré trasladarme de Monte Grande a Cajamarca y después de vivir un corto tiempo en una vivienda alquilada al frente de la Cruz del Molle, conseguí arrendar una casa en el jirón El Inca, cerca de la de mi madre y de Gonshita. Para ese tiempo, su presión arterial ya no le permitía seguir viajando a Trujillo en su “Ford Custom” y sus hemorragias, ya no se podían controlar ni siquiera con las cauterizaciones que le hacían en el hospital.

Cada vez que le sobrevenía un ataque de hipertensión, le recetaban pastillas de diazepam que le ponían a dormir como lirón, con el cuerpo desmadejado por completo. Después que le pasaba el efecto del sedante, se levantaba como nuevo y otra vez podía hacer uno que otro viaje a Trujillo.

Casi por sus últimos días el médico le ordenó que, definitivamente, no debía hacer ningún viaje, al existir el riesgo de sobrevenirle repentinamente un infarto -lo que al parecer, él cumplió al pie de la letra, incluso por las noches cuando dormía con mi madre- y lo que le obligó a trabajar

de chofer de taxi en la ciudad, aunque con una gran minimización de sus ingresos.

Estando en eso, a propuesta de su primo el “Coche Bravo”, llegó a trabajar en la tienda de repuestos Toyota que éste tenía, al frente de la primera Garita de Control de vehículos de la Guardia Civil, en lo que ahora es la avenida Independencia, cuando la quebrada Calispuquio que discurría por allí, hacía de las suyas todavía.

Estando trabajando allí, tuvo que vender su querido Ford Custom, por tragón. El bendito ocho cilindros consumía tanta gasolina, que lo que ganaba como empleado en la tienda de repuestos, de movilizarse hacia su trabajo en esa descomunal lancha, no le habría alcanzado ni para el té, menos para echarle gasolina.

El producto de la venta de su poderoso Ford Custom, apenas le alcanzó para comprarse un “Toyota Corona 1700” color lucma de segunda mano, con el que siguió taxeano todavía un buen tiempo, después de renunciar al trabajo en la tienda de repuestos de su primo “Coche Bravo”.

Según él mismo decía, tenía que hacer sus cachuelitos para poder financiar sus vicios menores -¡Fumar, era para él, un vicio menor, sí señor!-. Sin embargo, tan pronto se dio cuenta de que su taxi era más rendidor que el empleo que tenía, dejó la tienda y se dedicó a trabajar sólo de taxista.

Allí, le cayeron los años encima, casi de la noche a la mañana, que se le agravaron con la muerte de su hermano Lucho, mucho menor, pero a diferencia de él, diabético y reventando de azúcar hasta el último de sus vasos sanguíneos.

Al regresar del sepelio de su hermano Lucho, hubo que ayudarlo a caminar porque comenzó, de la nada, a arrastrar los pies como si sus piernas fueran de plomo. También hubo que ayudarlo a trabajar su taxi, lo cual hacíamos turnándonos con mi hermano Lucho, porque jamás nos quiso recibir dineros que no provinieran de ganarlo con su herramienta de trabajo: su carro.

Gracias a los medicamentos que le recetó el doctor “Lechuza” Urrunaga: especialmente prohibirle que fumara, mejoró bastante y algunas mañanas, hasta llegó a animarse a taxear, lo cual le convenía hacer para poder fumarse uno que otro cigarrito a escondidas de mi madre y mis hermanas.

Sin embargo, las crisis de hipertensión siempre le sobrevenían cuando menos se lo esperaba. El captopril ya no le regulaba eficazmente la presión arterial y el lasix, tampoco le hacía eliminar el suficiente líquido del cuerpo, en razón de lo cual, literalmente volando con 200 –a veces hasta 210- de presión alta, llegaba a la casa de frente a acostarse en su cama.

Entonces había que llamar al médico, aunque él no quisiera, quien le ponía una pastilla cuyo nombre no recuerdo, debajo de la lengua, y le aplicaba el famoso diazepam en ampolletas, con lo cual se quedaba con el cuerpo completamente laxo, casi desmadejado, dándonos la impresión de estar muy grave y dormía y dormía sin fin, hasta que por fin otra vez se levantaba, ya no tan “nuevo” como daba la impresión hacía algún tiempo, pero por lo menos, con ganas de tomar desayuno y afeitarse por sí mismo.

En sus épocas de mejoría, como era hincha furibundo de la UTC, todos los domingos iba hasta el estadio Héroe de San Ramón a ver jugar al equipo de sus amores. La UTC,

aquel equipo de lujo formado por José Fernández, el negro Tirado y el mono Camacho, sólo para citar a tres de la defensa, había sido invitada para incorporarse a la liga profesional de fútbol y, desde Lima y otras ciudades del país, venían los mejores equipos a jugar el descentralizado en Cajamarca.

Esos espectáculos maravillosos, jamás de los jamases, se iba a perder el Gonshita por más grave que estuviera de su salud. Pero, como no debía de andar sólo, por prescripción médica, para esas andanzas se las ingenió no se sabe con que clase de artilugios, para encandilar a mi hijo Dennis, de seis años de edad, para que le acompañara a gozar del fútbol. Al niño, obviamente, más que el fútbol, le ilusionaba la idea de ir al estadio para que le compren todo las golosinas que allí se vendieran.

A Dennis, cuando no mas tenía cinco meses de edad, le sobrevino una secuela de poliomielitis, no se sabe si por defecto de la misma vacuna o porque, gracias a ella, la epidemia que atacó virulentamente hasta al hijo del médico Francisco Rodríguez y a otros muchos niños más, a él sólo le afectó en forma mediática: en su brazo derecho sin comprometer el antebrazo y en la pierna y el pié derechos, sin afectar el muslo.

Sin embargo, hubo que hacer infinidad de viajes a Lima para lograr su rehabilitación y tuvieron que emplatinarle los metacarpianos del pié derecho, hacerle injertos de tendón y agrandarle la tibia y el peroné, no sé con que prótesis y aditamentos casi cibernéticos, en el Hospital San Juan de Dios de Lima que, en eso, son la última maravilla.

Como al comienzo de los tratamientos propios de un ciborg, mi hijo estuvo obligado a caminar con una prótesis de aluminio en su pierna derecha, que evitó que jamás hubiera tenido que usar muletas, cuando el Gonshita y él

se iban al estadio, cada quien lo hacía apoyándose en las debilidades del otro, complementándose a la perfección hasta volverse inseparables.

Después se llegó a saber, que el abuelo le compraba al nieto todas las golosinas que se antojara, a cambio de no delatarle que éste se había fumado un cigarrito como quien no hace nada, y que para que no le descubrieran por el olor a tabaco, el nieto le hacía masticar chicles que se le pegaban a su plancha, beber algún refresco, comer mandarinas o cualquier otra fruta aromática que para el caso sirviera.

En esa rutina vivía ya el Gonshita, hasta que una de esas veces, no se sabe si por la emoción de los partidos que se iban acumulando en su corazón, o por el efecto de la nicotina de los cigarrillos que se fumaba en el estadio, bajo la inocente e ingenua sobreprotección de su nieto, le sobrevino uno de sus ataques de hipertensión, que derivó como en otras ocasiones pasadas, en el ampolletazo de diazepam para sedarlo. Sin embargo el efecto del sedante esta vez se prolongó más de lo debido, lo cual puso de vuelta y media a toda la familia.

Al verlo así, tan desmejorado y casi inconsciente, el nieto de sus andanzas al estadio y a otros lugares que hasta ahora no se sabe, no se separó de él hasta que recobró el conocimiento. Pero, como esta vez la mejoría no fue tal y seguía desmadejado y sin ganas de levantar siquiera un dedo, en su afán por contentarlo, hacerle sentir que lo quería y, en un gesto de inusitado desprendimiento, se sacó el reloj que yo le regalara por haber obtenido el primer puesto en sus exámenes y él mismo se lo calzó en la muñeca diciéndole:

- Gonshita, te regalo mi reloj, pero mejórate pronto...

Pasó un día más y como ya había ocurrido otras veces, a la mañana siguiente que era sábado, Gonshita se levantó de su cama, se aseó en el baño por su cuenta, se afeitó y se puso ropa limpia. Pero del reloj no se desprendía para nada.

Éste, permanecía inmóvil en su muñeca derecha, en la misma posición que se lo había colocado Dennis, quien le hacía la guardia sin descanso, pensando que en algún momento, en un gesto de benevolencia que esperaba que ocurriera tarde o temprano, su abuelo le devolvería su reloj.

Pero... ¡nada! Eso no había cuando suceda. Antes por el contrario, el Gonshita no se descuidaba el reloj ni cuando dormía. Encima de eso, para hacer más salerosa a la broma, frecuentemente le preguntaba la hora, con su gesto característico de hacerlo enfatizando la pregunta agrandando sus ojos verdes y moviendo rítmicamente sus cejas:

- A ver ratón, ¿qué hora será? –al ver que el niño se demoraba en contestarle, proseguía en el mismo tonito- ¡Ah caramba, pero si ya no tienes reloj! ¡Qué olvidadizo que soy!... ¿como vas a poder decirme la hora si ahora tu reloj es mío? Eso si me acuerdo muy bien. Ayer me lo regalaste, ¿no es cierto?
- Si Gonshita... -le contestaba Dennis casi a punto de llorar-.

Después de tanto seguimiento y al verificar, casi en carne propia que, al parecer, ya no iba a recobrar jamás su reloj, esa tarde después de salir de su escuela, Dennis le hizo la guardia hasta que el Gonshita se acostó. Allí en su cama, todavía le acompañó hasta cerca de las diez de la noche. Pero pensando en que pronto se dormiría, con la

complicidad de su abuela, Dennis requirió le reloj de esta manera:

- Gonshita, ya pues... devuélveme mi reloj -ante ese pedido, que ya esperaba desde hacía rato, Gonshita le contestó:-
- Que tal gallazo que me ha salido éste... miren pues, éste si es un verdadero regaliche quitiche. ¿Cómo es eso de “devuélveme mi reloj? ¿Acaso no me lo has regalado libre y voluntariamente?
- Si, pues, pero cuando te lo regalé... yo pensé que te ibas a morir...

“Al Pié del Cajamarcorco”

Se terminó de imprimir en...
Cajamarca, junio de 2006

